FORMA ABIERTA

CUADERNOS
DE CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

NARRATIVA ALICANTINA

Suplemento de la Revista "Instituto de Estudios Alicantinos"

FORMA ABIERTA

CUADERNOS

DE

CREACION E INVESTIGACION

ARTISTICA

Suplemento de la Revista

"INSTITUTO DE ESTUDIOS ALICANTINOS"

FORMA ABIERTA Núm. 11

Suplemento de la Revista
"Instituto de Estudios Alicantinos"

Excma. Diputación Provincial
de Alicante

ENERO, 1980

DIRECTOR: Adrián Espí Valdés

SUBDIRECTOR: Vicente Mojica Benito

CONSEJO ASESOR: Juan Mateo Box
José A. Cía Martínez
Enrique Llobregat Conesa
Manuel Martínez Blasco
P. Francisco Espinosa Cañizares
Gaspar Peral Baeza
Gregorio Hernández Rodríguez
Rafael Azuar Carmen

DEPOSITO LEGAL: A. 444 - 1974
Gráficas DIAZ - Marte, 6 - ALICANTE

NARRATIVA ALICANTINA

RAFAEL AZUAR
FERNANDO GALLAR
MIGUEL SIGNES
EDUARDO TRIVES
E. CERDAN TATO
GONZALO FORTEA
VICENTE MOJICA
PEDRO LUIS NUÑO DE LA ROSA
JUAN LUIS MIRA CANDEL
T. y M. MARTINEZ BLASCO
FEDERICO GUILLEN MONTIEL
JOSE RIPOLL OLIVER
JESUS GABALDON VILLORA
RAMON SANCHIS FERRANDIZ

Dibujo de JOSE MANUEL BAEZA

MEMORIA DE K.

Rafael Azuar

Se abre una ventana y caen, lentamente, nombres, letras sin orden, pálidos discursos en la mañana ofrecida y sin fin. Es posible que las chimeneas recen, que duerman las paredes, que dancen las telas transparentes la danza lenta e ingrávida de la rosa, que todo permanezca equilibrado y perfecto, que las calles de la vieja ciudad prosigan perfectamente alineadas, que las piedras bendigan los pies que las pisan... Pero los ojos —fijos, obsesos, con una luz extraña en lo hondo de la retina— avanzan, avanzan, avanzan...

La mano de Dios ordena un vuelo de pájaros sobre la catedral de Praga y una mujer, tocando su vientre, en el que laten el gozo y el ímpetu de un hijo, recordará mi nombre, juntará sus labios para decirlo, una y otra vez, embriagándose en el recuerdo... Pero los ojos exigen seguir una ley única, inexorable y extraña: *nada de este mundo es mi mundo;* y, sin embargo, los ojos abren sus pupilas a la verde entraña de la creación.

De las viejas paredes, en las que empieza a nacer, a la dulce manera del violín, el musgo, por oficio de vida y de costumbre, sólo queda un pálido recuerdo de la luz que el sol enviaba algunas mañanas, antes de que los relojes fueran cuadrados eléctricos y antes de que la música enviudara en fuentes y jardines, en brisas y en esencias.

Las fuertes salmodias de una raza se levantan entre muros antiguos y sucios y un reflejo de lluvia hace más humana la empedrada y solitaria calle. El pan y el vino olvidan la razón de su sustento, mientras la mano desencadena un furibundo ataque, arrastrando la pluma sobre un largo y amarillento rollo de papel que nunca acaba de surgir de la nada... Ni la dulce muchacha, ni el mar que canta en el vacío, en cada resto del mundo, podrían detenerlo.

Los ojos avanzan, buscan ya, definitivamente, el ser de las cosas, el ser del movimiento, el ser de sí mismo en una ola del tiempo... Nada detendrá esta mirada fija y profunda, estos faros negros de la soledad, estos puñales lúcidos y decididos a proseguir la búsqueda, que no es precisamente eterna, sino limitada a estos días, a estas horas, a estos momentos.

Razonar, escribir el trozo de vida que nos sobra cada día, poner unas palabras junto a otras, pero no para que expresen mejor lo que intento decir, sino para conservar el bloque con que vienen del silencio («*las palabras, los grupos de palabras que se suceden...*» decía Breton), porque las palabras vienen del silencio como un tren que surge misteriosamente de la niebla y cada unidad de movimiento está viva y tiene una forma peculiar; tampoco se trata aquí de ordenar sonidos, qué más quisiera yo, componer una música con la palabra escrita; mi lenguaje es pobre y sucio, como la manga de un traje viejo, usado ya por la humanidad entera; se trata más bien de ordenar unas ideas, pero tampoco son ideas, son imágenes... El artista no puede vivir más que de sus propias imágenes. Pero quizá tampoco sean las imágenes, sino el rumor de la lluvia, las ratas, los gusanos, los astros, una mano que toca nuestra frente.

Pongo en pie todas estas imágenes, con un idioma gastado, y busco entre ellas un mundo en el que ser —simplemente ser— signifique la libertad, el cumplimiento absoluto de mi destino.

Estoy en mi casa, la lámpara ilumina tenuemente un libro, me distraigo, mientras mi madre sale de la cocina y mis hermanas hablan en voz baja. No podría nunca explicar a mi padre ni a nadie por qué callo y me ocupo en tan extrañas tareas. La vieja calle duerme y alguna sombra se proyecta en la pared. Alguien pasa. En ocasiones, repito las frases, las escribo de dos o tres formas, y de este modo encuentro siempre un sentido nuevo y distinto que antes apenas vislumbraba. Es necesario ejercitarse, repetir, todo en la existencia se repite y cobra un nuevo giro, un ritmo sorprendente, porque sólo en un instante puede definirse.

Palabras de K. al doctor Steiner: «Mi felicidad, mis capacidades y toda posibilidad de ser útil en algún sentido siempre se han referido a la literatura. Y en ese campo he experimentado ciertamente estados (no muchos) que en mi opinión se aproximan bastante a los estados de clarividencia que usted describe, señor doctor, en esos estados vivo completamente en cada idea, pero al mismo tiempo la colmo, y no sólo me parece haber llegado al límite de mí mismo, sino también al límite de la humanidad en general».

Escribir de noche, en el silencio absoluto, todavía cálido entresueño, suave rumor de almohada, recién impresa la realidad en un rincón de mi cerebro. Oigo hablar, perfectamente, a figuras que no tienen nombre. Pueblos y calles se alinean dócilmente, puedo pasar de una casa a otra, detenerme en la imagen de una prostituta que duerme, caídos los cabellos olorosos sobre la espalda... Entonces —lo escucho— un alfabeto de sangre me ordena una absurda historia que no tiene sentido (o quizá lo tenga y sea el sentido último de toda historia).

Un paso más y esa escalera ruinosa me llevará al abismo; veo el patio interior, lleno de basuras y latas. Hay un gran cielo gris, con nubes, con música, allá arriba, sobre los viejos tejados de Praga, o de París, o de la ciudad más antigua del mundo, pero llegar o no llegar, alcanzarlo, sólo depende de las vueltas de un humilde tornillo. Porque hay una fábrica siempre en silenciosa actividad muy cerca de mi sien izquierda, que atraviesa mi ojo y hace su mirada inmóvil, allí donde la voz de Milena se deja oir en ocasiones como un lejano eco, al tiempo que la luz se tamiza y afina, a través de un inmenso pétalo, y descubre a la mujer y al hijo, en un cuadro que refleja la primera hermosura del mundo, sin la sombra del Castillo.

Todo hubiera sido posible si, en aquellos cafetines llenos de humo, en los teatros judíos, en los prostíbulos, no me persiguiera —desde joven— una araña insaciable y no sintiera en mi cuerpo la desoladora impresión de estar convirtiéndome, día tras día, en un inmundo gusano. (Y siento que, de pronto, se oscurecen y manchan de rojo las imágenes y que, en el cuenco de mis manos, se dibujan las huellas de la sangre).

Supongamos que existan varios mundos sucesivos, limitados, cada vez más limitados (no mirando al cielo, a las estrellas; no perdiéndonos en el cosmos, sino, al contrario, reduciéndolo todo a las necesidades más elementales); supongamos que, para alcanzar la única felicidad que nos queda, la única felicidad posible, tengamos que huir, cuanto antes, de todo lo que nos rodea. Usted y yo y todos, todos los que aún sentimos el golpeteo sordo del corazón debajo de las costillas, todos los que aún podemos respirar el aire, exiguo y frío, que nos llega de las montañas... Cuanto antes, pues, hemos de huir al único mundo (posible) que nos queda.

Sólo es necesario algo de la luz de la tarde penetrando por una ventana y un lecho de madera y cuatro paredes que nos defiendan de la total destrucción. Lo importante, todavía, es que podamos hablar unas horas, encender un fuego de leña, contemplar unas fotografías, renovar el sabor del pan, amarnos... Unos escaños de piedra, una puerta, poder decir: «Ven, ésta es mi casa, y la tuya». Poder vivir unos días perdidos, unos días que no están en ningún almanaque, hablar, hablar, soñar, juntar nuestros cuerpos unas horas para que cante, en ellos, la ola del mar de la vida... Y ver, por el cristal de la ventanita, cada vez más rosado y oscuro, una inmensa lejanía de árboles y montañas.

No importa que no comprendamos nada o casi nada, que recibamos órdenes fatigosas y absurdas, que sepamos que, por desgracia, hay un poder sobre nosotros que nos dominará siempre. Lo que anhelamos profundamente, sin embargo, es que, unas horas al día —tan solo unas horas— seamos libres en la última aldea, en este pobre mundo del que nos pertenece la más humilde casa, y recibir allí la sombra y el silencio de la noche, sin pensar en nada —¿para qué pensar?— y que tú y yo podamos celebrar nuestro encuentro, hablar, leer un poema, olvidarnos de todo, sumergirnos, a través de nuestros cuerpos, en el mar inacabable de la vida...

Milena, tú me comprendes... Milena, o Frieda, o Felice, o Grete, o Julie, o Dora... o cualquier sombra de mujer de las que se atrevieron a amarme, a escuchar el rumor de mis labios sobre la hierba, a mirar, un instante, lo profundo del pozo donde mana, en un eterno sueño,

agua - palabra - barro - música...

Me siento fatigado. He de entregarme a la noche, a la nada, he de renunciar a mí mismo... De otra forma, no podría mañana continuar mi trabajo. He de tener los ojos claros para sostener la mirada del jefe; la sonrisa, la mano presta para el saludo... He de atravesar calles tan conocidas que son ya algo de mi propia existencia. bajar y subir escaleras que siempre me conducen al mismo sitio, abrocharme el chaleco, no olvidar los asuntos que, más tarde, en la oficina, he de procurar resolver de la mejor manera posible.

Es inútil pensar ahora en unas cortas vacaciones —esas nubes que pasan...—, en la charla grata de los amigos, recordar lo que aquella joven actriz quiso decirme, en un gesto descuidado y sincero... Lo que realmente importa es mi trabajo en la oficina, a la cual he de acudir con la más rigurosa puntualidad. Por contactos y relaciones diversas sé que existen otras oficinas, a las que son remitidos expedientes y notas, donde todo se verifica de un modo riguroso y estricto, donde se trabaja en un helado silencio y sin posibilidad alguna de fallos. En estas dependencias y sólo allí, nuestra vida alcanza una significación exacta, diríamos su último sentido. Teléfonos, dictáfonos, interfonos, fonovisores, videos, relojes, teletipos, vienen a sustituir, por fin, la estupidez de la continua y directa relación humana. Los jefes son verdaderamente aristocráticos y autoritarios, no quedando el recurso fácil de sonreirles o preguntarles por su mujer y sus hijos, pues casi ninguno de ellos tiene familia ni la necesita. Las torres de estas oficinas superiores llegan más allá de las nubes.

Es obvio que lo que interesa es trabajar, rendir al máximo, cumplir con escrupulosidad las órdenes que se reciben. La verdad es que somos egoístas y que, durante siglos y siglos, nos hemos preocupado en exceso de nosotros mismos. Ahora que, con la oscuridad de la noche, se manifiesta nuestro inevitable cansancio, hemos de buscar el blando reposo de unas horas, para poder levantarnos mañana más temprano y así rendir con eficacia en la oficina.

La vida resulta fácil y hasta agradable cumpliendo nuestros deberes. La mayoría de los hombres, terminado su trabajo, vuelve a su hogar, donde les espera una mujer cariñosa y limpia. La felicidad brinda a todos su ciclo monótono y sencillo, y hasta podemos pensar que, de no existir el trabajo en la Oficina, todo resultaría mucho más cansado y aburrido.

Sólo algunos jóvenes no lo ven así y se obstinan en gozar hasta el límite de sus horas y se adentran en el espacio puro de la noche, contemplando las estrellas desnudas, bebiendo y cantando, como si el sueño de la libertad fuera posible, como si, de la noche a la mañana, pudiera realizarse todo cuanto el amor ordena.

No sé por qué, cuando escribo una frase, aun inadvertidamente, la frase queda perfecta. Esto sólo es posible cuando la vida se ha trasfundido por completo en la literatura y late en las palabras y respira en las pausas y goza en las imágenes y toda ella ha perdido los incentivos de la costumbre, de los hábitos vulgares, para multiplicarse y derramarse en otras mil formas de vida, como una claridad de agua sobre la tierra... Mientras que la vida permanezca ajena a las palabras, ni la una ni las otras encuentran armonía posible y persiste siempre una especie de resistencia, de lucha sorda e interna, entre aquello que se obstina, simplemente, en ser, y lo que anhela perdurar, como una esencia o una música.

Convertir la vida en palabra y la palabra en vida es el más antiguo misterio de la humanidad. (No hace falta más que entregarse, de un modo absoluto y sin reservas, para que se verifique este misterio).

Durante mucho tiempo me han obsesionado las palabras. En un principio pensaba: «si sólo se tratara de palabras, si bastara enunciar una palabra para que uno pudiera alejarse con la tranquila convicción de haberla llenado enteramente de sí mismo».

La lucha contra mí mismo —contra el fondo de mi ser: las palabras— se prolongó durante bastantes años. Respecto a la construcción literaria desistí de toda idea renovadora basada en la pura eufonía: «Casi ninguna palabra que escribo concuerda con otra; las consonantes se entrechocan con ruido de latas, y las vocales cantan como negros de feria» —escribía en mi *Diario,* el 15 de diciembre de 1910. Sin embargo, tengo para mí que el secreto de una bella dicción reside en la ordenada armonía de las vocales. Antes que la belleza, debemos encontrar la alegría de hablar, la plena libertad de las palabras: la verdadera vida interna del idioma.

He visto muchas veces la forma de una palabra, como si toda ella se convirtiera en un ob-

jeto. A propósito de la palabra *nechápu* («no comprendo»), decía a Milena (oh, qué otro nombre tan bello y misterioso: Milena): «Es una palabra extraña en checo, sobre todo dicha por usted; es tan vigorosa, tan antipática, helada, parsimoniosa, y sobre todo tan de rompenueces, las mandíbulas crujen tres veces, o más bien: la primera sílaba hace la prueba de coger la nuez, no lo consigue, entonces la segunda sílaba abre bien la boca, ahora la nuez entra y finalmente la tercera sílaba la rompe, ¿no oye usted los dientes?».

Siempre me ha gustado ver cómo nace, cómo se pronuncia una palabra. Recuerdo a la hermosa señora Tschissik, vestida de negro: «Su boca se abre como en una queja infantil, formando arriba y abajo dos arcos delicadamente diseñados. Uno creería que esa hermosa formación de las palabras, que irradia en ellas la luz de las vocales y con la punta de la lengua preserva el puro contorno de las mismas, sólo puede tener éxito una vez; su persistencia me asombra...».

Así escribía yo de la hermosa señora Tschissik, a la que profesé en silencio un amor platónico, perdido ya, como tantas otras cosas, entre las nieblas de mi juventud.

«Me siento separado de todo por un espacio vacío, a cuyas fronteras ni siquiera pretendo acercarme».

Tanto tiempo he vivido separado de la realidad que esta sensación de aislamiento se ha ido convirtiendo en una especie de reino extraño, del que soy el único habitante.

El hecho de que la gente duerma, sin preocupación alguna, mientras yo me debato en interminables horas de insomnio, llevado de un rápido sueño a otro, en instantes de repentina lucidez; también el hecho de que todos los seres que conozco gocen de las cosas de la vida apenas sin proponérselo, sin esfuerzo alguno, en tanto que yo lucho fatigosamente porque sea realidad la palabra escrita, de modo que mi propia existencia se convierta en mi desconocida obra; esta limitación de mi cuerpo enfermo, débil y sin fuerzas, con el que no puedo realizar grandes empresas, sino apenas mantenerlo en vela, en la tensa espera de una revelación que quizá no me sea dada nunca («Cuando se hizo evidente en mi organismo que la literatura era la posibilidad más productiva de mi ser, todo se encaminó en esa dirección, y dejó vacías aquellas aptitudes que correspondían a las alegrías del sexo, de la comida, de la bebida, de la reflexión filosófica y sobre todo de la música. Me atrofié en todas ésas direcciones»); el desasosiego, la tristeza, la incertidumbre, el rápido palpitar de mi corazón en la soledad y el desamparo, el silencio que me rodea, la certeza de que no pertenezco a ninguna familia humana —aun en la mía no soy más que un brote extraño— y, por fin, la circunstancia de sentirme terriblemente solo y víctima de un miedo indescifrable, todo ello ha venido creando una atmósfera de insoportable vacío, en la que mi nombre ha quedado reducido a una letra, odiosa y simbólica.

Yo sé perfectamente que, cuando le hablo a la señora Tschissik, o a la señora Klug, o a la señora Weltsch, no soy propiamente yo —Franz Kafka, un ser humano— quien habla, sino un personaje nacido de mí mismo o de mis libros, un ser sin verdadera entidad real. Lo que digo son frases de un libro, lo que pienso son fragmentos de una página, mis gestos, mis miradas, obedecen a una serie de imágenes predeterminadas en un oscuro almacén literario que se exhibe en mi cerebro. En verdad, no vivo; sólo pienso, sueño, hablo, como un actor en un teatro sin público. Las mujeres, con su fino instinto, se dan cuenta de esta mixtificación y me rehúyen amablemente, agradeciéndome las flores que les regalo. «Entre tú y yo, presiento el vacío» —piensan.

En mis obras he de procurar hacer tangible esa zona de vacío que rodea al hombre: una muralla, un castillo, una sensación de alejamiento, de ausencia de los elementos reales... Quizás este vacío —filosófico y a la vez vital— caracterice a los hombres de mi época, porque yo percibo que este vacío es tan real o más que el mundo de nuestro entorno y que pesa en nuestra existencia... Definir este vacío —¿por qué no?— equivale a encontrar una valiosa, una nueva verdad.

Mi ojo derecho se apodera, fácilmente, del objeto de la visión, lo inmoviliza para siempre; el izquierdo, en cambio, soñador y benévolo, me permite sonreir y mirar otras realidades.

El vivir uno para dentro, con la única obsesión de dar forma a su fantástica vida interior y sentir que sólo respira para luchar de algún modo contra la muerte, prolongando inútilmente la cadena de los días... Tienes la sensación de que pasan muchos trenes con gente que va directa a su destino, que todo gira y se mueve, que cada cual va a un sitio, que la humanidad prosigue su marcha, aun con sus horrores, mientras eres atado al tronco de un árbol, condenado a la inmovilidad y al ensueño. Los dioses, sin tú saberlo, te han obligado a detenerte, a permane-

cer en ti mismo, a prescindir de los deseos, para escuchar sólo el latido nocturno e infinito de las cosas.

Cuando el corazón y el alma ya no pueden con la carga, esta opresión la recibe el pecho, que respira cada vez con menos fuerza, con una monotonía casi vegetal y estúpida. La enfermedad llega de pronto, subrepticiamente. «Hace unos tres años empezó, en plena noche, con un vómito de sangre. Me levanté desconcertado, como nos desconcierta siempre una novedad (en vez de quedarme acostado, como después me recetaron) y, naturalmente, también un poco asustado; iba a la ventana, me asomaba, volvía al lavatorio, daba vueltas por el cuarto, me acostaba; la sangre no cesaba. No me sentía muy desdichado, porque poco a poco advertía, por razones muy definidas, que después de tres años, casi cuatro, de insomnio, podría por primera vez dormir, suponiendo que la hemorragia cesara. Cesó (no se repitió nunca más, por otra parte), y pude dormir durante todo el resto de la noche».

Solamente puede conocer la soledad aquél que ha estado largos años soportando una enfermedad que obliga al reposo, a la quietud, al miedo, a lecturas y más lecturas, como en un verdadero anticipo de la muerte. Pronto las amistades falsas se rompen, pronto se quiebra el mundo convencional del que formabas parte y, al cabo de una época de tristeza y amargura, persisten solamente en tu vida los afectos más puros. El mundo se ha limitado, pero al tiempo se ha enriquecido de tan extraordinaria manera que apenas echas en falta nada de lo que ayer te era necesario. Esta enfermedad es, en cierto modo, conveniente, porque te ayuda en la concentración de todas tus facultades y te otorga cierto poder sobre las cosas, incluso sobre los hombres. Las ideas, los sueños, son enormemente intensos y tú te sientes con fuerzas —a pesar de tu aislamiento— para crear otros mundos más perfectos y, sobre todo, más sinceros, donde la luz —la auténtica luz de tu amor humano— a nadie hiere y a todos ilumina...

El dios de la sofocación ha hecho presa en mi garganta. Dora y Robert siguen a mi lado. Un poco antes de perder el sentido, me ha parecido ver un bosque, en el que las frondas se cerraban bajo una última claridad... La voz de mi madre. Una mano. Quizá la de Felice. El trino misterioso, lejano, de un pájaro.

Gente de mal vivir

EL ASESINO

Fernando Gallar

Aquella noche salí a la calle de mal humor. Desde hace tiempo, me estoy preguntando adónde iremos a parar con esta vida de ahora: poco trabajo, mal pagado y, sobre todo, que no se ve un camino ni una tranquilidad para el porvenir. Así, se va dando uno al juego y a la bebida y, para cuando llega algún encargo, pronto se va el dinero pagando trampas. El caso es que se va viviendo cada vez con menos ilusiones. Y luego el cine lo envenena a uno, viendo a aquellos elementos tan bien vestidos, con coches estupendos, con material ametrallador, que de cada golpe sacan millones; aunque al final, casi siempre los asan a tiros los guardias.

Iba renegando al llegar a la taberna de Paquito. Cuando estoy en baja forma voy siempre allí porque el ambiente es tranquilo y tengo cuenta abierta. Había poca gente, tres mesas ocupadas. En una estaban el Gordo y el Cenizo hablando con el Patro, que es un tipo que no me cae bien. Me acerqué al mostrador y pedí un «pastis». Paquito, que estaba de espaldas, se volvió al oirme, con sus ojos a medio cerrar, como siempre. Luego, me puso delante un vaso de cerveza. Se me subió la sangre a la cabeza. Miré a Paquito y él movió la cabeza hacia el reservado.

Me bebí la cerveza, lié un cigarro y me fui para el lavabo. Entré por una puerta y salí por otra, que da al reservado.

Allí, sentada junto a la mesa, estaba una mujer. Su facha me impresionó de un modo que me quedé con el picaporte en la mano y el cigarro en la boca, sin moverme y sin decir nada. Era guapa con ganas, aunque no la veía bien porque la luz era mala y, además, llevaba ella un sombrero con un velito que le tapaba los ojos. En fin, yo no soy hombre que se deje llevar por las impresiones. Así que cogí una silla, me quité el cigarro de la boca, dije «Con permiso» y me senté.

Al principio no se explicaba bien, como les ocurre a todos. Están deseando una cosa y no se atreven a decirla. Yo estoy acostumbrado a esto y procuro ayudarles hablando del modo más natural, sin darle importancia al asunto, para que se vayan soltando. Esta vez pasó lo mismo y la historia era también la de siempre, un tipo que estorbaba. Me ofreció cincuenta grandes, pero me di cuenta de que allí había pasta y le pedí cien. Ella me dijo que no tenía tanto y, al final, lo dejamos en setenta. Entonces sacó un papel y me explicó cómo era la casa donde vivía el cabrito y las costumbres que tenía. Mientras hablaba, yo no hacía más que mirarla y olerla, porque llevaba un perfume de esos extranjeros que era una cosa especial. Era una mujer que daban ganas de trabajarle gratis. Tuvo que repetirme la explicación.

Me entregó diez billetes a cuenta y se fue por una puerta del reservado que da a la calle. Cuando echó a andar casi me mareo. Me llevé el cigarro a la boca y me di cuenta de que se había apagado.

Cuando volví a la taberna ya se había ido el Patro. Me alegré mucho porque aquel negocio era preciso prepararlo bien y quería cambiar impresiones con el Gordo y el Cenizo que aún estaban allí, echando unas manos de póker, a deber, porque andaban tan limpies como yo.

Cuando les expliqué el asunto se pusieron muy contentos y el Gordo quería que nos fuéramos a cenar para celebrarlo, porque para él no hay otra manera de celebrar nada. Yo no soy muy amigo de francachelas pero tuve que reconocer que la idea era oportuna. Así que nos fuimos juntos a un bar que conozco, donde se puede cenar en reservado y hablar con tranquilidad.

Como llevábamos unos días a fuerza de potajes y cafés con leche, nos hinchamos los tres aquella noche. De sobremesa, cambiamos impresiones sobre el trabajo y nos pareció más fácil que antes. Aun así, como siempre, cada uno teníamos nuestras preferencias. Yo estoy acostumbrado a la pistola, el Gordo prefiere la porra de plomo y el Cenizo dice que no hay nada como el cuchillo cuando se quiere trabajar sin ruido. La cosa, con el vino por medio, empezaba a enredarse y parecía que iba a terminar a trastazos. A mí se me ocurrió que yo era el jefe y les mandé callar; después, para tranquilizarlos, les dije que ya que el plan teníamos que acomodarlo según la ocasión se presentara, ya se vería sobre el terreno quién debía liquidar al tipo aquel y, a quien le tocase, que trabajara como fuera su costumbre. Con esto, se quedaron conformes y nos fuimos a tomar café. Lo que tuvo poca gracia fue encontrarnos al inspector Beltrán; me vio sacar dinero para pagar, con que se nos acercó y nos preguntó por la familia. Le dijimos que bien y se fue, pero nos dio mala espina porque la puya iba a si habíamos heredado de alguien.

A las doce menos cuarto de la noche siguiente corríamos en un taxi por las calles céntricas. La música de la radio del coche se mezclaba con los ruidos del tráfico; brillaban las luces de los anuncios, de los faros y de las señales de cruce. Nosotros íbamos charlando como si tal cosa porque no conviene estar callado y pensando cuando se va a dar un golpe. A lo mejor, empieza uno a darle vueltas a la cosa dentro de la cabeza y termina por no hacer nada.

Dejamos aquel taxi y tomamos otro, que despedimos también para recorrer un trecho a pie y tomar el Metro. El tren nos dejó en un barrio tranquilo de gente rica; todas las casas tenían jardín. La que buscábamos ocupaba media manzana; estaba rodeada por una tapia alta, con una puerta grande de hierro y, en la calle lateral, otra pequeña de chapa metálica. Entre el Gordo y yo subimos al Cenizo, que es el más ligero. Luego nos abrió él la puerta pequeña y entramos.

Según el plano que yo tenía, había una avenida, como un camino con árboles a los lados, que llevaba hasta la parte de atrás de la casa. Yo no estaba muy tranquilo, pensando que no dejaría de haber algún perro, así que avanzamos con mucha precaución.

El Gordo es el que más entiende de cerraduras. Lo dejamos trabajar un rato hasta que abrió la puerta de la cocina, que le pareció la más fácil. El se quedó allí para cubrir la retirada y entramos el Cenizo y yo. Cruzamos la cocina, otra habitación y el comedor. Después había una pieza con butacones y chimenea; quedaba rescoldo en el hogar. El Cenizo, que siempre tiene frío, se arrimó un rato para entonarse. Yo creo que tenía algo de canguelo porque él prefiere el descampado y esto de entrar en las casas dice que le da reparo. Encendimos las linternas, de rayo muy fino. La puerta estaba entreabierta. Lo que vimos al cruzarla era un vestíbulo y, del fondo, arrancaba una escalera ancha. Cuando cruzábamos para subir oí un ruido, como un quejido sordo. Me acerqué a la puerta principal y entreabrí la mirilla. A la luz de un farolillo, pude ver, tendido sobre la escalinata de piedra que subía desde el jardín, un perro dogo enorme dando las últimas boqueadas. Los costados se le estremecían y de la boca le salía una baba de color rojizo. Pensé que no le faltaba mucho. Ahora me explicaba que no nos hubiera salido al encuentro ningún perro. Lo que no estaba tan claro era por qué se estaba muriendo. Había algo en aquel negocio que no me gustaba del todo, porque no acababa de entenderlo; había algo, no sabía qué, que escapaba a mi comprensión.

Subimos despacio las escaleras. Arriba, un pasillo con puertas a los dos lados. La primera de la izquierda era la alcoba del cabrito. Con una mano se la señalé al Cenizo, que sacó la navaja y se escurrió para allá como un gato. Yo había pensado que, cuanto menos ruido, mejor; y además quería vigilar porque algo, quizá la mucha costumbre, me ponía alerta.

Al poco tiempo se dejó oir un grito desde la habitación. El Cenizo no perdía el tiempo, pero aquella vez había hecho demasiado ruido. No me extrañó que apareciera un hombre corriendo por el extremo opuesto del pasillo. Yo, escondido tras una cortina, lo dejé acercarse y cuando pasó por mi lado lo tendí en el suelo de un culatazo.

Abrí la puerta de la habitación de la izquierda y entré. Entonces me di cuenta de qué era lo raro que yo notaba aquella noche: era el olor de aquella mujer. En el cuarto se notaba muy intenso, pero también se dejaba sentir en toda la casa. Ella estaba allí, tendida sobre la cama; el mango del cuchillo del Cenizo le salía por la espalda. El Cenizo estaba de pie, mirando con cara de tonto. De un golpe con la pistola lo tiré al suelo, echando sangre por la boca.

Le volví la cara a la mujer. No estaba muerta y me miró de una manera que no tenía nada que ver con lo guapa que era ni con su elegancia ni con lo seductora que era. Yo vi una cara de miedo y pensé en aquel momento con cuanta facilidad las personas encargan para los demás lo que no quieren para ellos.

En aquel momento se abrió una puerta que debía comunicar con la alcoba de al lado y apareció un sujeto ya entrado en años, de pelo más blanco que otra cosa, con una bata sobre el pijama. Cuando encendió la luz, le largué el primer tiro, que debió darle en un brazo, pero él ya había visto a la mujer con el cuchillo metido y no pareció hacer caso de nada más. Se echó a sus pies, con la cara desencajada, cogiéndole las manos, golpeándole las mejillas, hablándole. Pero lo que valía la pena de verse era cómo lo miraba ella. Yo estaba fastidiado. Le solté otro tiro y el hombre cayó de bruces sobre la cama. Me pareció que ya estaba bien y me largué, echando por delante a patadas al Cenizo.

Bajamos las escaleras a saltos. Oímos gritos y carreras en el piso de arriba como no podía menos de ser porque, con silenciador y todo, la pistola hace ruido. Cuando cruzábamos el vestíbulo se encendió la luz y apareció en lo alto de la escalera un hombre con un revólver en la mano. Yo disparé pero él lo hizo al mismo tiempo y, mientras caía sobre la barandilla de la escalera, vi encogerse al Cenizo con las manos en la barriga.

Salí corriendo hacia la cocina. El Gordo me esperaba en la puerta y echó a correr detrás de mí, pero al llegar a la puertecilla lo dejé pasar delante para que viera si había algún peligro. Salió y, al momento, se oyó el ¡alto! del sereno que venía corriendo por el callejón. El Gordo se le echó encima con la porra levantada, pero oí dos tiros y lo vi detenerse y luego descargar un porrazo sobre la cabeza del sereno. Cayó éste al suelo y el Gordo le cayó encima y quedaron los dos en un montón sobre la acera.

Ya se oían más ruidos que venían de la casa y de la calle principal. Me pareció lo más seguro quitarle al sereno la gorra y el bastón y salir andando por donde él había venido. Por eso, estoy aquí.

LA TIERRA Y LA CARNE
Cuento

Miguel Signes

No era la primera vez que experimentaba aquella sensación, pero jamás con la viveza, con la realidad casi cárnica del momento que estaba viviendo. Ramón Delgado, resbalándole lentamente cuerpo abajo, dejó caer la mirada, podría decirse que los ojos, hasta los pies, y los vio más alejados de su cabeza que de ordinario. Tuvo el pronto, y casi el susto, de haber crecido de repente. Se sintió más alto, lo que le produjo una sensación gozosa, que él exteriorizó con un desperezo de satisfacción, en una estirada de cuello y hombros, como buscando mayor estatura aún. Indudablemente, Ramón Delgado vivía unos instantes de plenitud.

Se palpó los brazos y el pecho. Se dio unas palmadas en los muslos. No estaba soñando, no. Era él, Ramón Delgado, plantado allá en medio del campo, como un árbol más, al pie de la montaña poblada de aulagas, de enebros, de romero, de pimpolladas de pinar... Respiró hondo, sacando el pecho en un intento malogrado de juntar los codos y los omoplatos a un tiempo. Sin embargo, sí pudo llenar sus pulmones de aire puro y tenue. Tenía el poblado delante de sus ojos, a su frente, y más allá, remontado, el festón de la sierra recortándose contra el cielo azul.

Ramón Delgado experimentaba en aquellos momentos la dicha de sentirse plenamente feliz. No solamente por el goce de un gran placer físico, derivado de su impresión de haber crecido, de haber cobrado mayor estatura, sino, también, por la emoción de saberse otro hombre, de que en su ánimo, en su conciencia, estaba ocurriendo algo que él no sabía definir ni explicarse, pero que le llenaba de inundadora satisfacción íntima. Podría hablarse de hombre renovado.

Inició el descenso hacia la aldea. De las chimeneas se escapaban jirones de humo blanco. Ni los árboles, ni las montañas, ni las nubes, ni el silencio de la vallada, ni el vetusto campanario le hacían perder un centímetro de la recobrada estatura, ni, por supuesto, perdía su alma un solo adarme del contenido atesorado bajo aquel cielo más clemente, más limpio, que tan nítidamente le reflejaba su raíz y su destino...

Al pasar junto al ciprés de bronce que se yergue a la orilla del camino, a la misma entrada del poblado y como centenario guardián del mismo, quiso emular en un nuevo estirón de sus músculos dorsales la altivez de la copa cónica del árbol. Sonrió. Penetró en la torcida calleja, ya cuando el sol se disponía a esconderse detrás de la última serranía.

Aquella noche cenó con apetito la fritanga de carne de conejo montaraz, tomate y cebolla, con trozos pequeños de patata, y todo aliñado con hierbas olorosas de aquellos montes. Ramón Delgado se chupaba los dedos con aquellos guisos aldeanos, caseros, que le cocinaba su mujer:

—Este manjar se lo podría comer el Papa. Ya lo creo. En la ciudad no tiene este sabor la comida.

—Debe ser por el fuego de leña y por las poquitas hierbas que añadimos.

La mujer de Ramón agradeció el elogio de su marido.

Después de la cena, como cada domingo, como en cada escapada al lugar de su nacimiento, Ramón Delgado se iba al casinillo para echar una mano de tute «arrastrao» con sus paisanos, que le aguardaban siempre para jugar la partida en la que se ventilaba el café, con copa de coñac, y cigarro puro si se terciaba.

Ya quebrada la medianoche, cada cual se iba en busca de su yacija. Ramón, bien solo, o acompañado de algún amigo incondicional, daba una vuelta hasta las eras del Calvario, oyendo el silencio, al que tanto contribuía el canto de los grillos y el croar de las ranas de la charca aledaña, y viendo sobre sus cabezas las estrellas, casi al alcance de la mano.

—En la ciudad no se ven las estrellas. Las ahoga el reverbero de las luces y la atmósfera cargada de humos, de gases, de aliento humano.

Ramón meditaba sobre lo lento que caminaba el tiempo en el lugar. Y hasta lo creía, perezoso, recostado en la falda de las montañas y sobre los tejados de la aldea. Los días eran más largos en el lugarejo, daban más de sí. En la ciudad se acaban más pronto los días. En la ciudad todo era nervioso y precipitado, como si las horas estuviesen a punto de agotarse. Ramón Delgado, en el pueblo, en su pueblo, se sentía vivir, notaba, uno a uno, cómo discurrían los segundos de su existencia, como efectuando un gasto consciente, al igual que cuando uno gasta, con sensatez, las monedas que se llevan en el bolsillo. Lo de la ciudad era un puro y demencial derroche, una pura irracionalidad en el gasto vital.

Con esa sensación de que todo el tiempo era suyo y de que la vida era más larga, más duradera en el campo, regresaba en busca del lecho, donde ya le esperaba su mujer, dormida como el yeso...

Pero llegaba, como en cada lunes, o como al final de cada festejo o período de vacaciones, la hora de volver a la ciudad, de reintegrarse al trabajo, a su mesa de la entidad bancaria, a las mismas carpetas de siempre, con el mismo armario delante de los ojos cerrándole todo horizonte, a la misma rutina diaria, al repetido contacto con sus compañeros, cada uno con su carga de intenciones, de buena o mala uva, cada uno hijo de su madre... Ponía su utilitario en marcha, aparcado en la plazuela desde que llegara el sábado anterior, y emprendía la marcha hacia la capital, con su mujer al lado...

De momento, al inicio mismo del camino, sin el sol aún en el horizonte, tenía Ramón la sensación de no caber en su pequeño automóvil. Le duraba todavía lo de su imaginario crecimiento. Pero pronto, a medida que hacía resbalar los kilómetros por debajo del coche, a medida que se acercaba a la ciudad, fue encontrándose más holgado, más ancho. Perdía estatura y volumen, y hasta se encogía en el vehículo, impulsado por sus propias e inconscientes ideaciones.

—Estás muy callado esta mañana —le dijo su mujer.

—Me encuentro un poco pesado. Cené demasiado anoche. Una fritanga como la que hiciste... La comí con avaricia.

La mujer se dio por satisfecha, aunque no dejaba de advertir que su marido era una cosa camino del pueblo y otra distinta camino de la ciudad. Eso lo había comprobado ella cien veces.

Aparecieron las primeras urbanizaciones periféricas, los primeros bloque de hierro y cemento, las primeras y gigantescas colmenas humanas, y se dejó engullir por el monstruo gris, por el voraz e insaciable Leviatán, por la anarquía de calles invadidas de vehículos y de gentes presurosas. Los altos e irracionales edificios parecían venírsele encima. Y se empequeñecía más cada segundo que pasaba. Se vaciaba. Se quedaba hueco, sin alma. Volvía a experimentar, pero ahora al revés, la metamorfosis, la mutación, que lo volvía insignificante, hormiga indiferenciada de un hormiguero alucinado, caótico. La ciudad, enorme, elefantíaca, embrutecida de hormigón especulativo, le destruía, le reducía a la nada. Y él sentía en toda su persona su irremediable enanismo.

Dejó a su mujer en la puerta de casa, le dio un beso apresurado y se dirigió a la oficina. Se le echaba el tiempo encima. Siempre había sido una víctima del reloj, de la puntualidad. Ya eran más de las ocho. No había contado él, aunque siempre lo intentaba, con los atascos, con lo difícil que era cruzar las calles de la ciudad, torcer a derecha e izquierda, atender los semáforos, evitar aplastar a los peatones despistados, algunos todavía sonámbulos... Llegó cuando ya se había retirado el registro de entrada. Tuvo que ir a firmar a la mesa de su jefe, al que contó media docena de historias justificativas, que por un oído le entraron y por el otro le salieron. Ramón sabía que ni una sola de sus palabras había sido creída, ni siquiera quizá escuchada, por su jefe administrativo.

—Lo que debe hacer Vd., Sr. Delgado, es madrugar más. Sabe que estamos hasta el cuello de trabajo. Y no es cuestión...

¡Madrugar más! ¡Madrugar más!, iba barboteando Ramón, camino de su mesa. ¿Qué quiere? ¿Qué salga del pueblo de madrugada? ¿Y tengo yo la culpa de que no se pueda ir por las calles? ¿Y él, que llega al trabajo cuando le da la gana? Que comience por dar ejemplo. Yo tengo la conciencia tranquila. Me gano bien el pan que me como. Y pringo lo mío, ¡vaya si pringo!

De todos modos, esos arranques íntimos, sin exteriorización, le duraban un soplo. Porque la verdad es que, no sin bochorno, llegó hasta el puesto de su trabajo. Allí le esperaban las carpetas, los papeles, los estadillos, los albaranes. Y las miradas de sus compañeros, que él interpretaba hostiles, aunque no era cierto. Todos estaban en sus puestos, cada uno sentado a su mesa, en la nave enorme. Ramón se veía el más pequeño de todos, el menos importante, el más fácil de sustituir. Sabía a sus compañeros contentos, satisfechos de vivir en la ciudad. Todos encontraban, para vivir, un hueco en la ciudad, donde estaba la vida, la posibilidad de una evasión auténtica, de educación adecuada para sus hijos, de seguridad para sus vidas, de defensa de la salud por la cercanía de los buenos médicos, de las policlínicas... Ramón no tenía hijos y su esquema, según pensaba él, no era el mismo y se le reducía bastante. Pero no, tampoco era ese su caso. No hubieran cambiado las cosas para él de tener hijos. Su problema estaba en que la ciudad le asfixiaba, le destruía, como quizá a tantos otros. No tenía alma de ciudadano, sino de campesino...

Maquinalmente iba revolviendo papeles, situando cantidades en sus casillas correspondientes, mientras su pensamiento se le iba a la aldea, a sus montes nativos, a sus amigos del casinillo, al canto del grillo, a su raíz que le tiraba con fuerza desde sus entrañas...

Volvió, inesperadamente, casi por subrepción, a sentirse crecer, como le ocurría cuando iba camino del pueblo; volvió a experimentar que se llenaba de ánimo; volvía a recobrar su alma, que creyó extraviada a su entrada en la ciudad. Parecía haberse encontrado a sí mismo, después de haberse perdido. Tuvo un pronto de valor, y sin pensarlo más, tomada de repente su decisión, tenuamente aparecida en otras ocasiones en su ánimo, se levantó con brusquedad, que no pasó inadvertida por sus compañeros, y se dirigió al despacho del jefe de personal.

—¿Qué desea Vd., Delgado?

—No me encuentro bien, señor García. He pensado en dejar el trabajo, en jubilarme. No tengo hijos. Para lo que necesitamos mi mujer y yo, creo que con lo que...

—¿Ha hablado ya con su esposa de todo esto?

—Alguna vez hemos hablado...

—No se precipite. Le quedan algunos años para la jubilación. Es Vd. joven aún. Además, ya sé que a Vd. le tira mucho el pueblo. Me acuerdo del viaje que hicimos, va ya para los dos años, invitados por ustedes. Sé que le quieren sus paisanos y que allí nada Vd. como pez en el agua. Le vi a usted satisfecho, alegre. Pero quiero advertirle una cosa: ¿está seguro de que su esposa piensa y siente como Vd.? Piense que ella ha nacido aquí, en esta ciudad donde no se vive tan mal, a la que tanta gente acude. Esta es una ciudad amable, amigo Delgado, luminosa, con los inconvenientes mínimos que en una ciudad hemos de soportar. Los funcionarios porfían y riñen por echar raíces entre nosotros. Muchos darían lo que no tienen por lograrlo. Y fíjese en los extranjeros, enamorados de esta tierra... ¿Está Vd. seguro de que aquello del pueblo le va a su esposa? Digo para vivir. Porque una cosa es pasar en el pueblo un fin de semana, hasta unas vacaciones, y otra cosa muy distinta vivir allí para los restos. Yo creo que a su esposa le ocurrirá lo que a mí, que nos gusta la vida rural para una corta estancia, y porque ella nos ofrece el gozo del regreso a un vivir, si no más natural, sí más civilizado. Piénselo nuevamente y no se precipite. Hable tranquilamente con su mujer. No puede Vd. pensar y decidir por sí solo. Su esposa cuenta también. Reflexione y otro día volveremos a hablar del asunto. Me complacerá cambiar impresiones con ustedes sobre todo esto. Ha de estar su mujer presente. Usted, sabe, Delgado, que le tengo en gran estima. No quiero disuadirle por egoísmo. Si la solución es jubilarse, arreglaremos los papeles. No se va a quedar Vd. pelado, esa es la verdad. Pero deseo que lo medite Vd. con más calma, y con su esposa.

Ramón Delgado volvió a la mesa de trabajo. Volvía a perder estatura y a sentirse vacío de voluntad. Los papeles, las cantidades, los libramientos le aguardaban. Se aplicó al trabajo y, esta vez, hasta el recuerdo de su pueblo se le fue de la mente. El Sr. García le había metido en el cerebro una gran conturbación, pero no hasta el extremo de confundirle la tarea. Trabajaba mecánicamente, pero con seguridad. Mientras tanto, su mujer, como un contrapunto, le circulaba por los surcos cerebrales.

PRODIGIOSAMENTE BELLA
Cuento
Eduardo Trives

Adriana acababa de apoyar su cabeza en mi hombro. El zumbido constante de las cigarras parecía adormecerla. Su rubio cabello enmarañado desprendía un aroma intenso, a agua de mar. Yo acariciaba sus brazos, despacio, con las yemas de los dedos. A nuestro lado se veían grupos de bañistas que comían bajo los pinos. Se oían, lejanas, desde el altavoz del quiosco de bebidas, las leves y lánguidas notas de una canción italiana. A veces, de Poniente, venía una tenue brisa. Pero hacía calor. Un calor de agosto, denso, sofocante.

—Estoy enamorada. Enamorada de ti, Waldo.

Había una dulce expresión en sus ojos. En sus hermosos ojos verdes. Yo la estreché contra mi pecho.

—Eres una criatura encantadora.

—Enamorada de ti, Waldo.

Adriana tenía una manera delicada de confesar que me quería. Lo hacía sonriendo, torciendo en un gesto atrayente los delgados labios. Yo nunca había encontrado una mujer que pusiera igual ternura en la voz y en la mirada.

Cuando Virginia vino con la cesta de los bocadillos, me sorprendió besando en los labios a Adriana. La muchacha nos miró con odio. Un instante después se volvía hacia el mar, adentrándose en el agua. Entonces Adriana dijo: «Es todavía una niña, Waldo». En adelante decidí llevar más cuidado porque debía ganarme a cualquier precio el afecto de Virginia.

Adriana abrió la cesta. Extendió el mantel sobre la arena y fue colocando los emparedados y el termo con el vino. Luego llamó a Virginia, que se zambullía en el agua, entre las olas, como un pez. Al cabo de un corto tiempo regresaba la muchacha.

—Tengo hambre. Mucha hambre —dijo.

Comimos en silencio. A los tres el baño nos había despertado el apetito. En el termo se conservaba el vino aún frío y lo bebimos con placer. Después de la comida a Adriana le apeteció un helado. Propuse ir yo mismo al quiosco de bebidas. Virginia resolvió acompañarme.

Ibamos por la orilla del mar, sin hablarnos, uno junto al otro. Yo me cercioré de que Virginia era una muchacha muy bonita, con unos senos suavemente dibujados bajo el maillot. Ella se dio cuenta de que la observaba con interés.

—No debimos venir a esta parte de la playa. Hay demasiada gente —dijo.

—La otra parte está llena de algas.

—Pero es más tranquila.

En el quiosco de bebidas no tenían helado. Compramos un refresco. Yo adquirí cigarrillos americanos. Ella me pidió uno. También quiso que nos sentáramos un instante a los pies de una pequeña duna. Yo miraba a Virginia. Fumaba con gracia, con un gesto de desenfado en su rostro. Resultaba agradable estar sentado cerca de una muchacha como Virginia. Una bella muchacha que era como la estampa de una Adriana más esbelta y con menos años.

—¿Quieres mucho a mi hermana?

—Voy a casarme con ella.

—Te tendré siempre conmigo. Esto debería alegrarme, pero me entristece.

—¿Por qué?

Virginia no me respondió. Se levantó y cogió el botellín del refresco. Después echó a correr velozmente.

Yo me quedé un rato pensativo, mientras me duró el cigarrillo. Luego fui a reunirme con ellas.

UNA HISTORIA YA CASI OLVIDADA

E. Cerdán Tato

Yo he nacido en una cárcel o en penal, no sé cuál es la diferencia exactamente. Aunque, de cualquier modo, la cosa carece de importancia. Bueno, quiero decir que todos los muchachos de mi edad han nacido en iguales condiciones.

Es una vieja historia, ya casi olvidada. Resulta que un buen día, de no recuerdo qué año, murió por envenenamiento el señor de esta villa, mientras en los jardines de su castillo se celebraba una gran fiesta, a la que, precisamente, habían sido invitados todos los habitantes del lugar.

Cuando el físico y estrellero dio a conocer la noticia, los villanos se entristecieron de verdad, porque, dentro de lo que cabía, y según dicen, el anciano señor era bastante considerado, al punto de cobrar tan sólo la mitad de las gabelas y de no exigir ciertos derechos muy al uso y nada desagradables. Claro que, como los maliciosos insinúan, es muy posible que la renuncia a los tales derechos fuera más bien a causa de su chochez y afeminamiento que de su nobleza. Pero, fuera como fuese, aquel aciago día cada cual marchó a su casa con el corazón apretujado en un puño.

Al siguiente, y no bien hubo amanecido, la pequeña y tranquila villa fue ocupada por la guardia real, que llegó con mucho aparato de hombres y armamento. En pocos minutos reunieron en la plaza mayor a todos los villanos. Entonces se adelantó de entre la tropa un arrogante teniente y, después de hacer cabriolas con su montura, les conminó a entregar al asesino en el acto, ya que de otra manera se vería obligado a tomar serias represalias.

En un principio nadie se atrevió a hablar, pero de pronto quisieron hacerlo todos al mismo tiempo, y sólo lograron levantar un rumor infinito. El capitán —recién ascendido por su valor frente al enemigo— apercibió a sus hombres, que desenfundaron automáticamente los sables. Los humildes lugareños se sobrecogieron de espanto y se apretaron unos contra otros en el más respetuoso silencio. Fue entonces cuando de aquella masa salió mi padre a parlamentar con el coronel —recién ascendido por su valor frente al enemigo—, no porque fuera un héroe, sino porque era honrado y trabajador.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, le dijo que ninguno de los allí reunidos había dado muerte al señor, porque todos se encontraban juntos, como ahora, y que, por tanto, cada uno de ellos podía certificar la presencia del otro en el momento de cometerse el crimen.

Pero el general —recién ascendido por su valor frente al enemigo— se puso rojo de rabia y empezó a decir barbaridades. Por último, cuando se hubo calmado, gritó que en nombre de alguien muy importante —aunque ninguno de los del pueblo recordaba de quién se trataba— los condenaba a prisión el resto de sus vidas. Mas como quiera que los calabozos del castillo eran insuficientes para contener a los no sé cuántos miles trescientos y pico habitantes de la villa, ordenó cercarla con unas grandes murallas, sin puertas ni ventanas, que se alzaran hasta poco menos de la luna.

Durante años y más años, centenares de obreros, bajo la dirección de los más sabios maestros de aquel tiempo, trabajaron incansablemente en la gigantesca construcción.

Finalmente, cuando la obra estuvo concluida, los condenados se sintieron aislados de todo lo demás, pero mucho más felices y tranquilos que nunca. Como eran muy laboriosos, en poco tiempo florecieron la agricultura, el comercio y la industria de tal manera, que la villa se enriqueció notablemente y sus gentes gozaron de una maravillosa paz.

Yo nací a los diez años de cautiverio. Me he criado aquí y estoy muy satisfecho. Trabajo en la herrería de mi padre y ya casi domino el oficio. En un principio no podía dejar de estremecerme cada vez que divisaba las murallas, pero mi padre me convenció de que no hacían más que preservarnos de ambiciones y pestes.

Y así, debe ser, en efecto. Lo digo porque, no hace mucho, nos llegó una paloma con un mensaje atado a su bonita pata. En él se nos anunciaba que éramos totalmente libres, ya que el anciano señor, cuya muerte se nos atribuía, se había suicidado, realmente. Casi al término del escrito se nos ordenaba que colaborásemos desde adentro a derribar la gigantesca muralla.

Durante algunas horas el consejo permaneció entregado a sus deliberaciones. Por último, llegaron a la conclusión de que se nos trataba de hacer caer en una trampa. Así que decidieron poner contrafuertes a lo largo de los muros, y la vida en nuestra ciudad continuó como hasta entonces.

Pero no transcurrieron más de dos meses sin que nos llegase otro mensaje con el mismo o muy parecido tono, y firmado, como el anterior, por el general de la tropa que nos apresó.

Sucesivamente, se recibieron otros muchos. En todos se nos decía que nuestra obligación de hombres libres era cooperar con la guardia real a defender la ciudad de las incursiones de los bárbaros. Por último, la orden se trocó en súplica. Los notables de afuera habían agotado sus provisiones de trigo y de carne, no tenían con qué cubrirse y sus palacios se desmoronaban. Aun así, el consejo estimó que todo aquello formaba parte de una treta, y que lo único que pretendían los del otro lado no era más que saquear nuestra ciudad. De cualquier modo, y por si acaso hubiere algo de cierto en cuanto decían, se les envió toda clase de simientes para que las sembraran y cultivaran como es de menester.

Poco más tarde dejaron de recibirse mensajes, pero fue entonces cuando comenzaron los misteriosos ruidos de junto al muro.

Por eso afirmaba en un principio que no me importa en absoluto haber nacido aquí. No es más que una vieja historia, ya casi olvidada. Lo que nos preocupa ahora ciertamente son esos endiablados ruidos, que crecen de día en día. Con frecuencia la ciudad se tambalea, y tengo la impresión de que las infinitas murallas van a desplomarse sobre nosotros de un momento a otro.

LA TRAMPA

Gonzalo Fortea

En la gran sala adornada con calendarios, un gran rebaño de mesas, cada una provista de una máquina de escribir. En una habitación pequeña, separada de la gran sala por ligeros muros de aluminio y cristal, un hombre casi calvo, de pelo gris, esperaba su gran oportunidad. Desde allí podía vigilar todo el rebaño, sentado frente a una mesa mayor repleta de teléfonos.

Sonó uno de los teléfonos.

De todos los teléfonos que había sobre la mesa, el que comenzó a sonar había sido quizá aquel en el que menos había confiado últimamente. Fue sin embargo el primero que ocupó la mesa, hacía ya de esto varios años, y nunca antes había sonado. Durante seis meses o quizá un año, fue el único teléfono sobre la mesa. En aquella época, el principio del negocio, el rebaño de mesas era mucho menor. Apenas seis o siete mesas provistas de máquinas de escribir se esparcían por la gran sala y no había siquiera calendarios adornando las paredes. El hombre, pensando que jamás aquel teléfono llegaría a sonar, hizo instalar uno nuevo. Luego, en frecuencias cada vez menores, los demás, hasta abarrotar la mesa. El número de mesas también había sido aumentado con el tiempo, sin justificación, ya que ninguna máquina de escribir había sido utilizada nunca. El rebaño de mesas ocupaba ahora la sala completamente y el hombre estaba pensando en la posibilidad de trasladarse a un local más grande para que su negocio no se viera constreñido.

Cada teléfono estaba provisto de una señal luminosa y por ello pudo averiguar enseguida cual era el que estaba sonando. Descolgó el auricular mientras pedía perdón mentalmente al teléfono en el que no confiaba y al que hacía meses no había limpiado el polvo.

—Diga.

Del otro lado no llegó ningún sonido.

—Diga, diga. Por favor, diga algo.

—No cuelgue.

—No colgaré. Se lo prometo.

Sus sacrificios para montar el negocio, sus esfuerzos y la larga espera, no habían sido vanos.

Llegó el invierno y las mesas comenzaron a morirse. La oreja que mantenía pegada al auricular se puso blanca, luego se oscureció y finalmente cayó a pedazos sobre la mesa. Se alimentaba, valiéndose de la mano izquierda, de bocadillos que su familia le traía cotidianamente al principio y una vez a la semana, más tarde. Había hecho instalar un inodoro en el lugar del sillón para no verse obligado a abandonar el teléfono.

El día en que sonó el teléfono, su impaciencia le había obligado a decir con frecuencia:

—Diga.

—No cuelgue —le habían respondido invariablemente cada vez.

Llegó la noche y preguntó:

—¿Cuelgo?

—No cuelgue, por favor —le habían contestado.

Permaneció despierto toda la noche.

Tres días más tarde no pudo resistir el sueño y quedó dormido sobre el auricular.

Al despertar la mañana siguiente, temió que la comunicación hubiera quedado cortada, hasta que con gran alivio escuchó la conocida frase:

—No cuelgue, por favor.

—No cuelgo, no cuelgo —se apresuró a decir. —No tengo prisa.

El invierno había sido muy duro. La mitad más una de las mesas habían muerto y las máquinas de escribir se habían roto al caer al suelo, ya que ninguna mesa moría de pie, como hubiera sido imaginable. El invierno había sido duro y la primavera se anunciaba fría y desapacible. Incluso la voz del teléfono parecía agriada. Era una voz femenina que había sido cálida y agradable al principio. El hombre, a veces, en las esperas, había intentado adivinar el rostro y el cuerpo que producían aquella voz. Había imaginado aventuras amorosas más tarde, de las que pronto se había cansado, rechazándolas ya que no le parecía bien mezclar el trabajo con el placer.

A punto de finalizar la primavera vino a visitarle su mujer. No la reconoció:

—¿Qué desea? —le preguntó—. No puedo atenderla ahora, estoy pendiente de una conversación telefónica.

—No te entretendré mucho tiempo —dijo la mujer—. Sólo quiero decirte que hemos decidido no volver a traerte comida. De ahora en adelante se encargará de hacerlo una agencia especializada.

—Todavía te quiero —dijo el hombre.

—Deja el teléfono, entonces.

—No puedo.

Su mujer se había marchado y jamás había vuelto a tener noticias suyas. Los hijos vinieron un par de veces y se negaron a hablar de su madre. Hacía de esto muchos años.

—Por favor, no cuelgue.

El auricular entraba perfectamente en el hueco que se había formado en su cráneo. Durante un mes tuvo estropeado el depósito de agua del inodoro y gracias al empleado de la agencia que se ocupaba de sus comidas pudo conseguir un fontanero. La mesa comenzaba a jugarle malas pasadas. A veces daba un salto y le pisaba un pie. Era una mesa metálica muy pesada. Renunció a retener los otros teléfonos por proteger aquel en el que tenía la llamada. A causa de los saltos de la mesa, se descolgaban los auriculares y los teléfonos caían al suelo como habían caído las máquinas de escribir. Ahora la sala parecía un gran cementerio de mesas y de máquinas de escribir destrozadas. Los calendarios que habían alegrado la sala, con sus muchachas ligeras de ropa y los días festivos marcados de rojo, se habían podrido.

No podía recordar qué año había sonado el teléfono por primera y única vez, y la fecha no se podía adivinar en los calendarios podridos. Se cortaba la barba con la mano izquierda y unas tijeras, tampoco ella podía servirle de referencia. Los empleados de la agencia que le suministraba las comidas habían sido sustituidos centenares de veces. Sin embargo, la fecha del comienzo le tenía sin cuidado. Solamente le interesaba el instante futuro, el momento, que no tardaría en producirse, en el que la persona que había ordenado la llamada a través de una secretaria se pondría finalmente al teléfono para cursar la orden de pedido. ¿Y si fuera otro el motivo? Por primera vez después de tantos años pensó en esta posibilidad. ¿Y si no fuera el pedido importante que iba a poner por fin en marcha su negocio? Quizá se tratara de una consulta de precios y esto le bastaba de momento. Sería ya un buen principio. Se negó a pensar que el motivo de la llamada pudiera ser de orden personal.

La mesa se cansó de hacer tonterías. ¿O quizá era ya demasiado vieja para divertirse de forma tan absurda? Los teléfonos fueron colocados de nuevo en el lugar que habían ocupado, por uno de los empleados de la agencia. Quizá algunos estaban rotos y no sonarían nunca, pero seguramente alguno se conservaba en condiciones de funcionar. Este problema no era importante ahora. Más adelante, cuando hubiera celebrado la conferencia telefónica, recibido y registrado el pedido o contestado a la petición de oferta, se ocuparía de revisarlos y de ordenar que los teléfonos estropeados fueran sustituidos. De todas formas, se sintió contento de volver a tener todos sus teléfonos al alcance de la mano.

Un día recibió la visita de dos policías. Seguramente el empleado de la agencia se había ido de la lengua. Le preguntaron por las mesas muertas. Le hicieron infinidad de preguntas insidiosas con el fin de achacarle el crimen. Iban entre las mesas, dando grandes zancadas para salvar las patas horizontales de las mesas, buscando indicios. Pretendieron interrogar a una máquina de escribir que no parecía en mal estado, sin obtener respuesta. El los observaba impaciente, deseando que terminaran su trabajo cuanto antes y se marcharan. No quería que estuviesen presentes en el momento de recibir la orden de pedido o la petición de oferta. Le parecía un momento demasiado importante, que debía vivir en la más completa soledad. Los policías volvieron a su despacho, y esta vez le pre-

guntaron por su oreja rota y por el hueco de su cráneo en donde se introducía el auricular del teléfono. Pretendían encontrar un culpable, cualquier culpable que hubiese cometido no importa qué delito. Los felicitó por su celo y les dijo que el único culpable era el tiempo y su impaciencia por escuchar el mensaje que estaba esperando. Vio que los policías estaban molestos, furiosos por no poder meter al tiempo en la cárcel, ya que sabían que el tiempo se escurre entre los dedos y que es inaprensible.

—Usted debía haberse defendido —le dijeron—. Ustedes quieren siempre que hagamos nosotros el trabajo.

Finalmente le pidieron la documentación y anotaron algo en un pequeño cuaderno. Saludaron y desaparecieron.

—¿Está usted ahí? —Estas palabras, tan distintas de las que había escuchado hasta entonces en el auricular, hicieron que su corazón golpeara en el interior de su pecho de una forma que lo asustó. Reponiéndose, dijo:

—Sí, estoy aquí.

—No cuelgue, por favor.

—No cuelgo. ¿Hay cambios?

No le contestaron. Durante horas esperó con una impaciencia nueva. Solamente cuando hubo escuchado, a largos intervalos, las palabras de siempre, su impaciencia volvió a la intensidad habitual.

Los días se repitieron acumulándose en años que quizá se acumulaban en siglos, aunque esto no es probable puesto que el edificio permanecía en pie. Pero toda noción de tiempo estaba perdida para él.

Su dinero debía estar agotándose. Continuamente llegaban cartas del banco que no podía leer. Formaban una pequeña montaña que iba cubriendo las mesas muertas y las máquinas de escribir. Las órdenes de pago las hacía sobre pedazos de papel, escribiendo siempre con la mano izquierda, y las entregaba a los empleados de la agencia o a los fontaneros, que ahora venían con gran frecuencia a reparar la canalización del inodoro.

—¿No está usted cansado de esperar? —le preguntaban.

Siempre sonreía como respuesta. Nunca esa sonrisa era amarga.

—Es usted un hombre admirable.

El nunca pensó que su constancia fuera digna de admiración ni sospechó que en realidad se trataba de un halago para obtener propinas.

Un día se despertó con una sensación eufórica. Había soñado que sus oficinas ocupaban las quince plantas de un gran edificio. Su despacho particular estaba en la cúspide y a través de pantallas de televisión podía vigilar las innumerables mesas provistas de máquinas de escribir que llenaban el edificio. ¡Además tenía un empleado! Un botones que todas las mañanas quitaba el polvo a las mesas y a las máquinas de escribir. Soñó que el teléfono se puso a sonar y que alguien, en el otro extremo, estaba impaciente por pasarle un pedido muy importante.

Abrió los ojos, y la ruina que se extendía ante ellos le hizo sonreir. No era más que una ruina provisional. Estaba seguro de que el sueño era una premonición y de que hoy mismo iba a tener noticias importantes.

—Oiga, por favor.

—¿Sí?

—Cuelgue —le dijeron—. El jefe ha tenido que marcharse precipitadamente. Le volveremos a llamar mañana.

Le costó trabajo dejar el auricular, después de haber escuchado el sonido del teléfono al ser colgado en el otro extremo. Sintió una gran tristeza, que pronto desapareció:

Mañana volverían a llamarle. Disponía de veinticuatro horas para poner un poco de orden en sus oficinas. Abriría las cartas del banco. Se ocuparía de que las mesas y las máquinas de escribir fueran sustituidas, de los teléfonos estropeados, haría traer nuevos calendarios. Y quizá tuviera tiempo de darse un baño y de cambiarse de ropa. Tenía que darse prisa. Mañana a las ocho debía encontrarse de nuevo en su puesto.

Había conseguido incluso poner su reloj en hora y cuando sonó el teléfono, supo que eran las nueve de la mañana, una buena hora para comenzar el trabajo en una oficina seria.

—¿Diga?

—No cuelgue, por favor.

Esta vez había cogido el auricular con la mano izquierda, con el fin de poder disponer de la derecha para escribir sus órdenes de pago. Escribir con la mano izquierda durante tantos años le había resultado muy incómodo.

COMO SI HUBIERA SIDO AYER

Vicente Mojica

«On a toujours vingt ans dans quelque coin du coeur»

Proverbio popular francés

—Abra, cierre, abra, cierre, abra, cierre... Mis manos están duras, tumefactas, retorcidas como dos sarmientos. El rehabilitador se sienta frente a mí, me coge una de las manos por la raíz de mis dedos, y una y otra vez los flexiona hasta provocarme dolor.

—Abra, cierre, abra, cierre, abra, cierre...

¿Habíamos quedado en salir juntos, no? ¡Pues eso es lo que teníamos que haber hecho! Cuando se dice una cosa, se cumple. Yo así lo hice. Fue Juan quien me dijo:

—Tío, debías ponerte unos pantalones cortos. Con el chandal que llevas debes ir muy incómodo.

Cuando se los pedí a Rosa tuvimos la cogida.

—¡Estás loco, estás loco!... ¿Te crees que eres un chiquillo o qué es lo que te pasa? ¡Vaya ocurrencia a tus años!...

—¡Rosa!... ¡Tú siempre llevándome la contraria! Nunca te parece bien lo que hago. Si me fuera por los bares o de mujeres veríamos qué te parecía.

Pero a mitad de semana apareció Rosa en casa trayéndome unos pantalones cortos flamantes; eran blancos, con una pequeña lista negra que bajaba por los laterales hasta las escasas perneras. La besé ilusionado y ella se rió de buena gana. Después, me trajo unos calcetines blancos. Tenía ya el equipo completo: un jersey rojo con letras negras que rezaban cruzándome el pecho: MONTEVERDE; unas zapatillas blancas ribeteadas de azul y una chichonera de color metálico.

El sábado por la tarde revisé mi Orbea, engrasé la cadena, comprobé los piñones, los pedales, la presión de las ruedas, el manillar, incluso la bomba del aire. Todo estaba a punto.

Cuando a primeras horas del domingo me miré en el espejo, os aseguro que mi corazón saltaba gozoso en mi pecho como un cervatillo.

Recordé de pronto, como si hubieran sido ayer, los días lejanos en que Rosa y yo nos veíamos a hurtadillas por las esquinas. Sus padres no querían que la acompañara ningún chico porque consideraban que era aún muy joven. Yo salía del taller, montaba en mi bici y me dirigía a su encuentro. Apoyado en el sillín, sin desmontar, con un pie en la acera y el otro en la calzada, charlaba con ella, y nos reíamos felices de nuestras confidencias. Sólo cuando aparecía algún conocido o alguien de la familia, le daba yo a los pedales y ella seguía su camino.

Equipado con el sueter rojo, con los pantalones blancos, los calcetines y las zapatillas, parece que reviva aquellos tiempos. Un solo hilo me une con la realidad presente: mis cabellos blancos y mi bigote lacio y plateado. Me pongo

la chichonera y al desaparecer la blancura de mi cabeza respiro triunfalmente. Ni siquiera eso. Ahora, el bigote sólo. Me coloco las gafas de sol y el efecto es sorprendente. Rosa no puede reprimir un gesto de sorpresa al verme y yo siento que se hincha mi vanidad casi de niño.

—Mueva, mueva, mueva... Abra, cierre, abra, cierre... No ponga duras las manos, ayude. Abra, cierre, abra, cierre...

Os lo aseguro, palabra. Cuando empecé a pedalear aquella mañana, mi corazón acababa de cumplir dieciocho años. Bajaba la cabeza para cortar mejor el viento. Visto así en la carretera, avanzando por el arcén, era un muchacho que se entrenaba para futuras confrontaciones. ¡Menuda sorpresa iba a darles a mis sobrinos cuando apareciera por su casa!

Era delicioso desentumecer los músculos, estirar las piernas, llenar los pulmones del aire fresco y puro de la mañana. Me faltaba solamente silbar, entonar una melodía alegre con la que expresar mi felicidad. De vez en cuando me adelantaba algún coche y yo me sentía dichoso de seguir su mismo camino con el solo producto de mi esfuerzo.

Fueron quedándose atrás los campos de almendros, la silueta bellísima de alguna palmera lejana y angelical, alguna torre almenada, la cúpula azul de una ermita. Crucé unos alcores pelados y grises, cuyos repechos me obligaban a pedalear con más fuerza para coronarlos. Cuando llegué al primer pueblo de mi recorrido, en una esquina de la plaza charlaban un grupo de jóvenes. Me señaló uno de ellos y se volvieron los otros a mirarme. Cuando los hube rebasado el más gracioso me cogió de sorpresa:

—¡Eh, abuelo! ¿Contamos contigo?...

—¡Y con tu madre! —Le respondí contrariado.

Y soltaron la gran carcajada.

Cuando volví a la soledad de la carretera me di cuenta de que me habían fastidiado. Tenía ganas de llegar a casa de mis cuñados donde estarían mis sobrinos. Me dolía que me hubieran avisado a última hora, anunciándome que no podrían salir esa mañana conmigo. Junto a ellos me sentía más arropado, más seguro en la ruta.

Ahora, conforme iba acercándose al mar, estaba la carretera más concurrida. Turismos de todas las marcas y nacionalidades que avanzaban lenta y perezosamente, como una pesada serpiente interminable.

Por un momento se detuvo la caravana. Yo seguía pedaleando tranquilamente por el arcén de la derecha. Inesperadamente, aprovechando un hueco de los vehículos detenidos, surgió el morro apresurado de un «ochocientos cincuenta» que intentaba cruzar la carretera y que me cerraba el paso. Estaba a escasísimos metros. Apreté instintivamente el manillar con las manos y frené con todas las fuerzas posibles. Pero me di cuenta de que todo era inútil. Fue como un relámpago brutal y desconcertante. Sólo recuerdo el sonido estrepitoso de mi máquina sobre la chapa del coche. Y mi vuelo angustioso por el aire. Cuando caí pesadamente sobre el suelo, aún tenía las manos cerradas, agarrotadas por el esfuerzo supremo con el que había apretado los frenos.

Intenté levantarme apresuradamente y comprobé que me resultaba imposible. Ni mis brazos ni mis piernas obedecían a mis deseos. No sentía nada. Sólo escozor en la cara, sobre la que se habían destrozado las gafas.

Entre varios hombres, nerviosos y agobiados, me socorrieron y me introdujeron en un coche. Mientras éste daba la vuelta para dirigirse a la ciudad, exigiendo paso a fuerza de claxonazos trágicos y persistentes, aún oí a alguien que apuntaba desconsoladamente:

—¿Pero, adónde iba este hombre en bicicleta, disfrazado así, a estas alturas?

Estoy sudoroso. La sesión de hoy ha sido muy dura. Cuando acabo, mi nieto pone una mano sobre mi hombro en ademán cariñoso.

—Cuando quieras, abuelo.

Y yo, con los ojos húmedos de un agua dulce de caramelo, sin que él sospeche que es porque estoy pensando en aquellos tiempos en que me veía a hurtadillas por las esquinas con su abuela, le sigo sumisamente.

CASTILLO DE CINCILIA 10 DE LA NOCHE NOVIEMBRE DE 1476

Pedro Luis Nuño de la Rosa

Hace frío en este lugar mala leña húmeda ciudad de Cincilia aquí inventaron el hielo cansado demasiado para levantarme todo el día buscando a los de Villena ¿dónde se esconderán ratas? el infiel da la cara pero ellos caerán no he de irme del lugar sin dar muerte a quienes mataron a mi amado Guevara venías a mi lecho en mi pecho en la tienda me besaste en los labios antes de que saliéramos vistiendo nuestras armas ya no volviste (cuán presto se va el placer) te mataron con el trueno desgraciados no valen con la espada y atacan desde el infierno.

—Señor, acaba de llegar un emisario del castillo de Garci Muñoz.

—¿Qué nuevas trae?

—Vengo de parte de doña Guiomar, para avisar a su marido el señor de Montizón de que el señor Maestre don Rodrigo está grave. Dicen los galenos que tiene un mal en la cara, y dicen que no llegará a la Epifanía.

—Salid de aquí, ¡fuera! Llamad al mancebo y al enano, deberán estar en la antecámara cuando yo les avise. ¡Llenad la jarra!

Muerte muerte acudes una y otra vez incansable como doña Guiomar esa lerda con la que me obligó a casar padre pero él se muere y tú aguantas me sobrevivirás también eres eterna como el Altísimo El permanece nosotros nos vamos aunque allegados vayamos a saber dónde paramos poco tiempo para estar aquí contigo a tus labios recordar tu epitafio quise ponerlo no quiso tu familia

recuerde el alma dormida
avive el seso e despierte
contemplando
cómo se passa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando

serán buenos versos si no en tu tumba en mi planto escribiré esta noche en Tierra-Seca tierra del diablo infierno frío donde venir a morir a manos de los beltranejos esa hija de puta quiere el poder ¿una mujer reina? a mi excelsa y horrible señora deberían coronar a ver quién se monta en la reina doña Guiomar la Fea diez obispos y cuatro abates de consejeros buen reinado para segundones y cornudos *ubi sunt qui hoc ante nos in mundo fuere* dice el santo ¿y quiénes fueron con nosotros? el mar del no hay (qu'es el morir) para allá vamos todos (los que viven por sus manos e los ricos) y los que vivimos de nuestro brazo como yo y mis guerreros vivir antes de luchar esta noche el mancebo mañana no mañana partiré no habrá desahogo no habrá batalla *nessum maggior dolore* (daremos lo non venido por passado) Jaén mi padre nunca comprendiste

este niño más bien parece una moza aguanta la espada canijo eres un guerrero ¡el escudo!

no lo creí hasta que descargó su espada contra mi hombro tú que nos cubriste con tu fama de gran ganador ahora vas muriendo ¿o has muerto ya? te reías de nosotros de madre muy blanda para tu gusto y te casaste sin dejarle cerrar los ojos con doña Elvira de Castañeda no tuviste bastante con una dote así que Jorge se case con doña Guiomar su hermana gloria a los Manriques no quería mujeres y tú lo sabías no me

gustaba la corte y tú lo sabías te lo contaré antes de morir sabrás que tu nieto Luis no tiene sangre de los Lara otro bastardo como esa reina a la que tanto odias ¿qué es Castilla? ¿qué habéis hecho de ella? (callé por mucho temor temo por mucho callar) ah mi amado (hallo que ningún poder ni libertad en mí tengo pues ni'stó ni vo ni vengo donde quiere mi querer) eras la fe a mi lado conviviste cuánto reimos de la corte de tus padres de los míos jóvenes poetas y aventureros te acabaste aquella mañana frente a Belmonte fue nuestro el castillo pero ya no estabas aquella noche poseí a una mujer única mujer en toda mi vida te fui infiel con lo que más te dañaba tal era mi rabia ¿y qué es la rabia en estos casos? la rabia de un hombre raro como se dice en la corte casi tan buen guerrero como el padre no tan bueno vive Dios añade el tío Gómez Manrique sólo puede compararse al Cid nadie hubo ni habrá buen chico sí raro y taciturno muy amante de doña Guiomar dicen que ella le es infiel ¿quién la paga? je je es un espanto bruja diría yo de no ser por su piedad.

—Señor, ¿queréis la cena?

—No, sólo vino.

—El mancebo y el enano esperan en la antecámara.

—¡Que se vayan al diablo esos hijos de siete padres!

—¿Puedo pasar, señor?

—¿Cómo te atreves enano?, ¿no me has oído?

—Perdonad señor, sólo quería deciros, si me lo permitís, que mis siete padres echaron poca fuerza o de lo contrario hubiera dado mejor talla.

—Es verdad. ¿Tú sabes que has de morir?

—¿Qué río no muere en el mar, señor?

—¿En qué trabajabas antes de llegar a mi servicio?

—Acompañaba a un juglar, señor; él recitaba y cantaba mientras yo divertía con cabriolas, luego recogíamos el dinero, pero se lo quedaba todo, me pegaba hasta que según él yo entraba en razones.

—¿Tanto como yo?

—Más, señor, vos sois godo, el era..., imaginaos: hijo de una mozárabe y un mudéjar, Alá y Dios no caben en un costal señor, los de esos cruces son como mula borde.

—Mi padre se muere.

—He oído al emisario en el cobertizo, ¿os pongo vino?

—Sirve enano, tengo nubes. ¿Esta es la mierda de camastro que me habéis preparado?

—Decía el de Hita, señor, que sobre mala capa yace el buen bebedor, será mejor que os echéis un rato.

—Tú calla, pon vino y, si caigo, acuéstame.

—¿Queréis que pase el mancebo?

—Ven aquí, piernas...

—Me habéis pegado, señor, cuando yo sólo quería taparos el hueco trasero del dolor.

—¡Largo enano! Estoy harto de tus vulgares bromas, hoy dormirás con los caballos. ¡Ah!, vigila a los emisarios, no me fío de doña Guiomar.

—Permitidme, señor, un dicho.

—Rápido y perdiendo el culo entre tus cortas zancas o te daré con la espada.

—Oid, señor:

El talante de mujeres, ¡quién lo podría [entender!,
las sus malas maestrías e su mucho [mal saber.

Que descanséis señor, os dejo lleno el jarro.

No es instruido este enano hombre si se le puede llamar no ha leído dice no saber pero apunta y no baldío lo que tiene que cazar herido estoy también yo y no de arma que se vea puedo pisar la tierra larga infinita llana y seca como su nombre de moros antes ahora nuestra reyerta pelearnos mientras ellos se refocilan en Granada al final acabaremos dando al rey todo el poder y nosotros y nuestras Ordenes pasaremos a palacio fastuosa corte allí donde envenenaron al abuelo Pedro el rey Juan II lo supo su cabeza debió caer al tiempo que la de don Alvaro de Luna los ilustres y los reyes lleva razón el enano (nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar) pero antes de la celada debemos combatir por conservar el señorío y agrandarlo ser almena de un castillo no vale la vida una mesnada se compra un señor no se vende eso dijo don Juan Manuel ¿pero no combatió con quien le convino incluso contra sus hermanos? mal arreglo tiene lo que se teje en la corte no hay remiendo para sus rotos las italianas sí son cortes ellos sirven tienen al Papa y sabios en la historia antigua poseían Troya Roma los dineros y la cruz ambos hay que reverenciar porque así lo aprendimos ¿qué soy? si el abate manda las armas y el tesorero de Santiago paga a mis hombres el capitán ranjo pero no reino mando sin poder si pierdo mueren los de mis abajos y negocias los de mis arribas si gano la Orden de Santiago matamoros pone su pendón en nueva plaza lo dijo mi madre (cumple tener buen tino para andar esta jornada sin errar) pero dónde el fallo y dónde la verdad

(assi que ninguno espere en tanto que desterrado e ausente que ningún estado le contemple) al final la solución que nadie vio ni volvió para contarlo padre qué poco me enseñaste sólo a ser práctico en la vida hábil en los negocios el mejor en la batalla nada quisiste saber de libros.

Cuentan sólo mentiras y engaños lee sólo de santos y de caballeros déjate las poesías escribir no gana reinos sólo sirve para entretener a los débiles padre me hubiera ido a Italia a aprender un poco de tanto que no sé tú lo decidiste ahora Jaén mañana Castilla luego Tierra-Seca apenas pasé el tiempo en las grandes ciudades campo y castillo me gustan los burgueses aunque no entiendan el mundo son gente pobre pero lista viven tranquilos y tienen tiempo para otros menesteres caballo sobre caballo pasé mis años murió Guevara él me enseñó entre asedio y cabalgada las palabras de Aristóteles y Platón del maestro Sócrates de César de Tito Livio tantos mañana debo partir veré a don Rodrigo enfermo o muerto lo segundo no quiero contemplar una mano temblorosa cuando tanto miedo dio allá se las vea mi hermano él presume de mayorazgo debo volver a esta torre los de Villena no darán mucha tregua allí tendré que aguantar a mi madrastra y a su hermana mi mujer

¿tendréis más hijos?

preguntará la porcina beata madrastra

debes preocuparte de que tu heredad no quede desamparada Jorge te lo digo por tu bien y por el de nuestras dos familias unidas en santo sacramento ay arpías si en mi mano estuviese habréis envenenado al Maestre ese mal de la cara puede habérselo producido alguno de vuestros mejunjes aciago rato se me depara con vosotras mi caballo echará al galope el último puñado de tierra sobre la tumba de padre no espero a las particiones bastante sufrí con él y con vosotras el día de mis esponsales voy a dormir mañana partiré me llevaré con la escolta al enano ¿al mancebo? no allí en la corte los hay mejores es hora de cambiarlo si cuando llegue alcanzo vivo a padre compondré una poesía para él sólo madre y yo sabemos que no lo merece pero ante todo los Manriques deben pasar a la historia no nos hicieron sitio nos lo abrimos porque era voluntad de Dios perdóname amor mío sabes que estas catorce estrofas fueron hechas para ti mi padre aprovechará lo que el tuyo no quiso.

«EL INTERCAMBISTA»

Juan Luis Mira Candel

Aquella mañana, el sol eructaba tan groseramente que hacía insoportable la hora punta de una ciudad en pleno bullicio. Las calles céntricas olían a máquina frustrada, a bujía suicida, a lluvia impertinente y eterna de Junio, a montón de basura, a laberinto borracho. Por las aceras y el asfalto de la gran avenida peatonal se entrecruzaban, a marchas forzadas, millares de hombres con sus soledades y sus negocios oscuros a cuestas, buceando a través del inmenso vacío que estiraba sus cuellos hacia las viejas cloacas donde solía encontrarse, en pequeñas proporciones, el consumido espíritu del aire. Se podría decir que nadie existía excepto uno mismo, si no fuera porque frecuentemente salpicaba algún codazo, algún pisotón o similar contratiempo que te restituía al patrimonio volcánico de tus semejantes.

Esquivando la multitud incontrolable de la dirección opuesta, en la bicicleta de las prisas —cómo no— se encontraba-perdía un individuo de negro chocolate con sombrero de rastro y corbata laboralmente perfecta. Llevaba una maleta gordísima de tonos lúgubres que parecía iba a reventar de un momento a otro, sin embargo la soportaba con marcialidad. De vez en cuando, un encontronazo con algún pedazo suelto de marabunta le hacía frenar el ritmo, lo cual era aprovechado para arrancar un poco de oxígeno de los rincones vírgenes. De todas formas, la aglomeración se había convertido, desde hacía ya bastantes meses, en una inevitable costumbre, desde que aceptó, tras larga reflexión, el puesto de intercambista. El trabajo era duro, pero la paga compensaba y el paro no daba dónde elegir: transportar una maleta de contenido desconocido y hasta pestilente, siempre la misma, una vez al día, a un destino fijado desde arriba, generalmente circunscrito a la última mesa de una cafetería elegante donde aguardaba siempre un señor sin rostro y con voz ronca que, después de examinar la misteriosa mercancía, te llenaba de cajitas lila y canicas de porcelana los bolsillos del pantalón, firmar el acuse del recibo, entregar el acuse del recibo en la oficina central, cobrar el día tercero de cada quincena... esta era la rutina de cada día, el medio de sub-existencia, el pan de los hijos que no tenía, la cerveza de importación cuando llegaba, exhausto, anocheciendo, tras salvar heroicamente los escollos del hormiguero, a su casa de la periferia.

En ocasiones, la maleta ingería demasiados bultos y su epidermis reflejaba hematomas de consideración. Hoy era probablemente uno de los días que más materia inédita había engullido la maleta que familiarmente recibía el nombre de Dolores, por su casticismo y espíritu gitano. Más de una vez le había cosquilleado la curiosidad en torno a lo que escondería Dolores bajo sus faldas. Un dieciocho de Marzo casi viola su virtud e incrusta su mirada para terminar con el secreto. Le bastaban unos parpadeos para poseerla en sus profundidades, pero le podía costar el empleo y más valía bailar en la ignorancia y barrer las dudas.

Todas las posiciones de avance en el maratón burocrático estaban debidamente estudiadas, todos los movimientos, programados. Los pies driblaban con la ligereza de un futbolista y con la suavidad de un bailarín: cuatro pasos a la derecha, giro de treinta grados —nunca dar la espalda, como en el teatro—, traslación de la cadera en sentido inverso, vuelta a empezar, paso atrás, tirón del torso para repeler la embestida,

chiquelina doblada con aspiración... La danza resultaba poco artística aunque el grado de eficacia que alcanzaba la hacía imprescindible. Por su parte, la muñeca tenía algo de trapo y mucho de zarpa, sirviendo en tensión como un soporte rabioso que se aferraba a las asas engreñadas de Dolores.

La jornada de hoy parecía normal. Hasta la vaga idea de las palomas de antaño de cristal se mostraba tremendamente gris.

Sin embargo, una finta apenas fallida de nuestro hombre motivó lo imprevisto en las agendas, quizás porque el gentío se presentaba robusto hasta lo exagerado. En esta ocasión no fue suficiente la pericia del hábito para vencer la dificultad. El resultado fue un pantalón chocolate manchado de oficina y una maleta en peligro sorteada por los transeúntes más habilidosos. Nuestro individuo pudo reincorporarse rápidamente y agarrar a Dolores con todas sus fuerzas pudo salvar la vida: unos segundos más y su cerero se hubiera vuelto únicamente pus, pero para ello aprobó con sobresaliente cum laude el cursillo monográfico de autosalvamento multitudinario, paso previo para ganar las oposiciones. A pesar de todo, Dolores estaba herida, herida de muerte. Uno de los golpes encajados le había producido una fisura en uno de sus vértices. Sin percatarse, el administrativo proseguía su trayectoria como si nada hubiese pasado, ausente del himen vital desgarrado. Había perdido un tiempo de nata que habría que recobrar a toda costa. Todavía quedaban varias manzanas por recorrer antes de llegar al Royal Bus, donde se consumaría la cita, el depósito. Dolores se balanceaba agonizando a ras del suelo, vaciando su aliento, dejando caer su contenido...

Primero fue una pierna lo que expulsó, una pierna más o menos atlética y de reciente extracción, al poco tiempo cayó un brazo, más tarde una nariz aguileña, unos centímetros de intestino delgado, el ojo derecho —sin duda—, un ojo izquierdo, un hígado, un cráneo bastante bello aunque sin pelo, una cadena de dedos engarzados por alambres...

Conforme caían los distintos miembros que en un principio trasladaba Dolores, ya muerta, la apisonadora de la gentuza, despiadada más que nunca, pulverizaba el polvo, trituraba los huesos hasta el infinito, los invisibilizaba para siempre jamás. Nuestro hombre vestido de chocolate, desconocedor de la tragedia, no había detenido un solo momento la marcha. Había perdido un cadáver a trozos. Había perdido una fortuita y lamentable revelación. Había ganado un cadáver de lona, pobre Dolores, y una ligereza encomiable. Para abrirse paso, no quedaba más remedio que golpear con el puño libre el túnel de aire y cabezas que le marcaba su frente. Los insultos, el chasquido de los ojos, el reventón de pómulos, el terremoto de cejas de terciopelo le hacían olvidar el retraso que le abatía, al mismo tiempo que le devolvían a la selva bestial de su supervivencia.

La difunta estaba, por fin, completamente desinflada. Había ido dejando caer por su único hueco, uno a uno, las diferentes partes de aquel hombre mutilado, pasto, quizás, del laboratorio. Resultaba incomprensible cómo el eficiente intercambista permanecía ajeno a lo ocurrido. Dolores, requiescat in pace, no contenía más que aire podrido.

Faltaba ya poco para concluir la tarea, el Royal Bus quedaba a pocos metros. Cuando leyó los rótulos que, en el porche del edificio, comunicaban el final de una penosa odisea, a nuestro hombre vestido de chocolate y con sombrero de rastro y corbata ministerial, le penetraron las delicias del deber cumplido. En la última mesa, en efecto, de aquella cafetería de cinco estrellas, esperaba un hombre sin rostro que miraba el reloj con indignación. Se escucharon malsonancias clasistas. La tardanza era intolerable en un sistema milimétrico. Era la primera vez que ocurría en la empresa. No debía volver a suceder. Sí, señor. No, señor. Perdone, señor. Imperdonable, señor. Descuide, señor. Firme el recibo, señor, señor. No volverá a ocurrir, señor. Le prometo la más estricta puntualidad, señor. Señor. Señor. Señor...

Transcurrieron unos minutos desde que el «señor» sin rostro cogió la maleta y entró al reservado para vaciarla. Mientras tanto, nuestro hombre esperaba impaciente el acuse del recibo. La histeria, el ajetreo de la calle fue roto por momentos a causa de un silencio penetrante, de una sorpresa. Al cabo de un rato el señor sin rostro salía del Royal Bus con una maleta a rebosar. Era Dolores, resucitada después de una operación de remiendo urgente.

En la última mesa de la cafetería de cinco estrellas había un gran charco de sangre. Y un traje color chocolate. Y un sombrero de rastro y una corbata bastante funcional para un trabajador de la hora punta, concretamente para un intercambista que ganó la plaza por oposición.

EL CONCURSO

T. y M. Martínez Blasco

He decidido ir al concurso esta misma mañana. Me estimo a mí mismo buen pintor y sinceramente creo que convenceré al jurado. Cuando decidí dedicarme a la pintura mis padres me dijeron lo de siempre: Marcelo, si con esto no vas a comer; Marcelo, si el arte para nada sirve. Pero yo erre que erre pretendía cambiar al mundo con ideas brillantes que sentía bullir allá dentro.

Pintor sí; pintor sincero, que va a morir hambriento si no se arrepiente antes. Sólo que a veces me encuentro tan alejado de los míos, de la gente, del público...

He decidido ir al concurso —lo repito— para enseñar a mis semejantes lo que puede ser la llamada de la profesionalidad. Hay pocas cosas en la vida de un hombre comparables a la satisfacción de la obra bien hecha. Pero me tiembla el corazón, siento angustia, cuando pienso en esa incomunicación granítica que puede espesar, en una oscuridad de muerte, la obra salida de mis manos, la obra vivida, hora a hora, entre espasmos dolorosos de mis entrañas.

Pero sé bien lo que quiero. El cuadro no se forma pincelada tras pincelada. En tanto no se tiene un pensamiento director, los pétalos coloreados se mueven juguetes del viento. Hay veces que la expresión sensitiva no obedece a la idea fundida en esa especial alquimia llamada intuición. Y entonces vale más romper el lienzo, destrozarlo. Con todo lo que ello tiene de dolor para el que crea. Vale más esto que ahogar las certeras corazonadas intuitivas.

Y yo tengo una corazonada púber que no me puede fallar.

Debo decir que soy del mediterráneo. La naturaleza cuando se ofrece plena —como en el caso de este mar, párvulo y oblongo, que abraza a muchos pueblos— capacita de hondos sentimientos al espíritu más tosco. No hay más que mirar al mar. Entiendo entonces lo que es puro, sensorial, antiguo y libre. Haré una obra donde se goce el espectáculo de una virgen desnuda, segura de su juventud, y atentamente vigilada por la sensualidad del hombre.

Pero no voy a buscar amaño en fórmulas viejas. Quiero que en mi obra la sociedad humana aparezca más culta, asomándose a la historia para señalar el comienzo de un esteticismo nuevo, sin contaminación de ese consumo que todo lo ensucia de orines. Y quiero que los rayos solares pongan repliegues de brillo, titilaciones de luz en mi espacio panorámico. Porque mi obra no ha de ser un cuadro. Mi obra ha de ser un espacio reportaje donde se testimonie para cada observador la situación relativa de los cuerpos, su enlace, la toma física de las distancias, la múltiple visión del observador que se mueve, la ruptura de las formas herméticas a fin de conocerlas en su honda verdad...

Me he quedado quieto ante el vidrio que ha descargado el transportista.

—Si usted quiere que lo deje aquí lleve cuidado en sus movimientos porque la luna es demasiado pulida.

Le he dicho que coloque el vidrio en medio de la habitación, para mirarlo por todas partes.

—No deseo ser curioso, pero ¿qué va a

hacer usted con este enorme cristal?

Siquiera le contesto. El transportista no alcanzaría a entender mi plan.

El sol penetra por la hendidura del ventanal y estampa sobre el vidrio brillos que aletean de un lado a otro. Al recorrerlo con la vista se irisa todo de colores y juega, en medio del aire, a ser un obstáculo erguido que sin embargo resulta franco a la mirada. ¡Sobre este vidrio haré mi obra!

¿Había visto yo alguna vez la imagen de un fantasma? No me extrañaría que agazapado en mi habitación pasara la noche en mi casa, durmiendo conmigo, el fantasma de una novia que ya se perdió en el recuerdo. Sobre el vacío ella saldría a platicar rodeada de célibes pretendientes. Sobre la nada del tiempo se proyectaría su cuerpo desnudo. Un cuerpo hialino que los mozos mirones desnudarían atravesándolo.

La novia pura, rodeada de sus célibes jóvenes, se parecería a ese exhibicionismo tonto del arte de hoy —¿cuerpo de novia, cuerpo del arte?— dentro de una sociedad que todo lo escruta y analiza.

Empecé por pintar en el vidrio los cuerpos de aquellos fantasmas; primero, la novia, falda entreabierta; después, los pretendientes, pantalón, levitones y polainas. Ellos, pegajosos, colocados como piezas de ajedrez rodeando a la novia; ella, observada y prendida a la sutil red de sus manejos. Hilos, láminas de plomo, color, todo debía servirme para marcar las siluetas en perspectiva, los bultos que, por transparencia del vidrio, me significaban una raza de hombres a medio gestar, materializados allí como in vitro. Mi mundo de meditación buscaba servilmente la luz mediterránea. El cuerpo alado de la novia, los soles que se remontan descentrados, la maquinaria del tiempo cronometrando, giro a giro, el eterno discurrir de las horas. Y encima, en otro plano, lo aéreo: las nubes cual ventanales que arriba del horizonte dejan fisgar el espectáculo de la tierra...

¿Se entendería, mirando al vidrio, todo lo que yo pensaba? Creo que no. Ahora reparaba que en mi lógico engendro, no cabían los mimetismos ni las figuraciones centradas. Ni la novia era novia, ni el sol, astro; ni las nubes se parecían a volanderas nubes. Tenía que romper en mi mente la primaria idea germinal hasta madurarla en otro fruto hecho, exponible. Todo aquello que yo justificaba con explicaciones al alcance de la gente de la calle: aquí la novia, allá los mozos, más allá la chocolatera, lejos la bicicleta... Me parecía, de pronto, iniciar el encrespado penacho de la herejía artística. Así no podía seguir. Había trabajado mucho, seriamente, para que pudiera explicarse ahora, en dos palabras, mi obra entera. Sería ridículo comprimir un universo de formas en la sequedad de la anécdota.

No. Mi obra pertenecía al mundo de los espacios abstractos donde cada forma tiene su significación ganada por imágenes que escalan la dimensionalidad a base de un tremendo esfuerzo creacional y de un complemento educativo. Mis formas invadían la transparencia del cristal para ser sutilmente dominadas desde el antes y después del plano. Desde el fuera y el dentro del espacio. Formas que cambiaban con la luz y con el movimiento. Formas que aparecían o desaparecían según el ojo se aproximara o se alejase de ellas. No era una escena habitual la que yo tenía ante mí. Era una obra que según se preguntase a varios espectadores lo que ellos opinaban, cada uno habría de responder con la visión particular de su cuadro. Mi obra era igual que la realidad. Esa realidad que cada ojo contempla según su perspectiva. Unos mirando a cierto objeto que tapa lo de atrás; otros, libres de ese objeto, viendo lo de más lejos con perfecta nitidez. Eso era la realidad del mundo. Mi obra se parecía a la de un espacio panorámico que cuenta con miles de observadores, contentando a todos, aunque siendo distinta para cada uno de ellos. Mi obra era polivalente. ¡Había conseguido una obra genial!

El transportista volvió al otro día.

Venía a que le pagase el acarreo del vidrio. Entró en la habitación y se quedó asombrado. Miró de hito en hito mi vidrio manipulado.

—¿Piensa vender este cacharro?

El exabrupto me cogió de sorpresa. Las dos palabras bailaban insolentes en mi mente: vender y cacharro.

Yo miraba el cristal como un objeto distinguible. En efecto era un vidrio por mí trabajado. Resultaba evidente que como objeto pertenecía al mundo natural, al entorno de mis cosas, pero sin embargo la relación entre este cuerpo vítreo y yo se había establecido por un nexo de manchas coloreadas, de volúmenes, de espacios, a la postre sensibilizados.

Estaba convencido que como creador no me interesaba el objeto-arte en sí —el cacharro como había dicho el transportista— sino las implicaciones sensibles y espaciales que observaba en tal objeto.

Y por otra parte el atisbo mordaz de una posible venta anunciada, ponía de manifiesto que la élite compradora de obras buscaba ciertamente objetos instituidos: el cuadro, la estatua, la casa...

Entre el yo artista y el tú comprador se abría así un abismo inmenso. No era la expresión

sensible de los espacios —eso que a mí tanto me había desvelado— lo que interesaba al comprador. El marchante exigía el objeto valorado por cierta firma consagrada. Pero si el arte se convertía, por mentalidad burguesa, en objetos comprables ¿para qué separar la cosa-arte del resto de los objetos reales? Se imponía, pues, objetivar el propio arte.

Moralmente el razonamiento me hundió en la desesperación. El valor que la historia había otorgado al arte y la idea de consumo, siempre fueron términos contrapuestos. El arte era fruible, lo podíamos gozar, pero no se consumía. El arte se reservaba a lo largo del tiempo como bien patrimonial. ¿Por qué no acabar con esta consagración historicista?

Al llegar a este punto de mi discurso lógico, hubiera empuñado el hacha de guerra; hubiera gritado contra la actuación omnímoda del valor histórico otorgado al arte. ¿De qué manera? Pintando bigote a esa Gioconda que simboliza todo lo que hay de valor esteticista anclado en la historia.

Era terrible y descorazonador el jarro de agua fría que de pronto apagaba el ardoroso e íntimo rescoldo de mi vocación pictórica. Yo que había trabajado ciegamente por hacerme entender, sentía que la simple frase del transportista arrancaba brutalmente ahora la venda de mis ojos. Los jueces del concurso jamás entenderían mi obra.

Ellos esperaban el cuadro y a ser posible un cuadro cargado de historia y de tradición. Esperaban juzgarme de acuerdo a un valor estético-historicista que, con la firma mía, convertiría en joya patrimonial la obra del concurso.

Pero había algo que todavía me hería más. No sólo el cuadro tenía que convertirse en objeto comprable sino que podía pasar a ser producto consumible. Todos sabemos que el producto nace para el consumo y nunca la sociedad lo toma como modelo de valor. ¡Era así que mi obra podía convertirse en un producto!

En mis espasmos de ira, poco a poco, barruntaba ya un final. La ruptura entre mi creación y el jurado la daba por supuesta. La incomunicación entre el producto y la sociedad, también. En la actualidad ni el espectador de arte, ni el consumidor de productos, tienen intervención directa. No eligen lo que quieren sino lo que a viva fuerza se le entrega. Y en este planteamiento acescente, de reserva estética, tanto monta decir que el arte nos viene suministrado, empaquetado, servido a la trágala. El producto de consumo —se nos dice— está hecho. Tómalo. ¿Por qué, entonces, mi obra, juzgada como cacharro, no podía servirse hecha?

Las palabras del transportista masajeaban mis derrotados principios. Cacharro, cacharro... ¿Por qué no romper con esa valoración elitista de la gente inversora? ¿A qué servirles a los jueces arte si lo que el mundo ansiaba eran productos?

Y entonces tomé una determinación. Fui directamente al urinario. En la buhardilla donde trabajaba había un retrete común para los usuarios de cada habitáculo. Pegada a la pared relucía la taza. Sin contemplaciones la arranqué.

Y puesto a acabar con la tortura del concurso, tomé el pincel: la obra debía ser firmada. Porque la firma significa a la larga el señalamiento de un patrimonio artístico.

Rápidamente sobre el urinario estampé un nombre genérico, Mutt.

Así el proceso creativo se había cerrado de golpe. Esta sería mi obra del concurso.

Y en cuanto al urinario firmado con el nombre de R. Mutt fue expuesto, como ready-made, en Nueva York en el año 1917.

NOTA BENE.— El artista de la narración se llamaba Marcel Duchamp. Su «Gran verre» titulado «La mariée mise à nu par ses célibataires, même» le absorbe desde 1915 a 1923 y se encuentra hoy día en Filadelfia (Museo de Arte. Colección Louise y Walter Arensberg).

EL JUICIO FINAL

Federico Guillén Montiel

Yo era Dios. Ahora ellos me han transformado en un hombre ateo. En momentos de lucidez trato de comunicar a alguien mi última decisión. A muchos les parecerán contradictorias mis primeras afirmaciones, y, aunque luego las acepten, al comprobar que todo lo que predigo va a suceder, considerarán absurda la forma en que quiero difundir el mensaje. Todos esperan una voz estentórea que clame desde el cielo o una iluminación en sus conciencias, pero jamás han pensado que la palabra divina vaya a ser transmitida por medio de unos folios.

En realidad, no confío con plena certeza en que alguien pueda leer mi oráculo y comunicarlo a los demás, porque ellos me vigilan constantemente, arrebatándome cualquier intento de contactación con Peter, mi primer apóstol.

Quiero hablaros de mi fracaso para justificar en parte lo que se avecina y advertiros que no existe retractación posible ante los otros Dioses.

Siempre he sido rebelde y demasiado precipitado en mis actos. Resurgí en una época decadente y mis primeras eternidades las dediqué a mantener conversaciones exaltadas con algunos amigos escogidos. Criticábamos los universos creados por los adultos y continuamente nos enfrentábamos a ellos en las clases prácticas, atacando los órdenes dictatoriales que ofrecían como modelo de creación cosmogónica, hasta el punto de asistir exclusivamente a las explicaciones teóricas que desvelaban los fundamentos necesarios para formar la materia primaria. A veces varios ancianos trataban de encauzarnos en la doctrina tradicional. Rechazaban nuestros modelos cósmicos argumentándonos que dotar de voluntad al ser creado suponía el principio del caos y, como consecuencia, el mal incontrolable. Alguno de los nuestros se convencía y nos abandonaba. Transcurrieron las eternidades y paulatinamente se iba reduciendo el grupo hasta que en el fluir de una conversación descubrí que hablaba a solas.

Quizás en aquel momento decidí crear mi universo. Los primeros procesos fracasaron por falta de intensidad, pero al séptimo dio resultado. Doté de vida a este planeta y sólo proporcioné voluntad a la especie más vulnerable para evitar un riesgo mayor.

En pocos siglos, comprendí que me había equivocado. Los Dioses adultos temían que mi mundo entrase en contacto con alguno de los suyos y destruyese el orden tradicional. Pasaron varios milenios y el caos aumentaba inconmesurablemente. Los antiguos amigos me aconsejaban que destruyese mi obra. Yo inventaba excusas y alargaba de una forma u otra el tiempo del universo, esperando encontrar la solución más adecuada. Por fin, decidí surgir en la Tierra y vivir como un hombre modelo con voluntad propia que dominase el desorden momentáneo. Para realizar mi pretensión tuve que olvidar completamente mi condición de Dios, reconcentrar mis procesos mentales en un punto y alejarse hasta el límite extremo en el espacio. De esta forma pude reencarnar en el vientre de una mujer con los instintos innatos de la especie humana, pero con una capacidad mental superior y con la posibilidad de extrapolar conceptos divinos cada vez más complejos en una progresión paralela al tiempo, que culminaría en la misma fecha de mi agonía, en la cual habría de ser Dios y hombre conjuntamente.

El efecto que produje en la Tierra fue bastante positivo. Conciencié a gran parte de la población y desparramé a mis apóstoles con el fin de evangelizar al resto después de mi muerte.

Los Dioses adultos se retractaron, felicitándome por mi enmienda, y para los jóvenes resurgidos en la última era fui el modelo a seguir.

Pero duró poco el regocijo interior. La evangelización se alargó durante siglos, con el tiempo, entró en decadencia. En el año 3000, la humanidad era completamente atea.

Los Dioses ancianos me exigieron una solución definitiva para que paliase el mal. Este motivo fue el que me impulsó a volver de nuevo a la Tierra.

Escogí un suburbio de New York, afrontando el problema con toda su crudeza. Los primeros años fueron casi nulos. Intenté convencer a algunos vecinos, pero se burlaban de mis parábolas y me recomendaban un médico psiquiatra de la localidad. En el barrio empezaron a llamarme «el loco».

Transcurrían los días con una simetría alarmante, que me hacía recapacitar intensamente, preparándome para el momento de mi evangelización. Pretendía parar el tráfico en una calle transitada y revelar mi identidad. Si fracasaba en mi intento de difundir la doctrina verdadera, recurriría a la solución más drástica.

Uno de ellos me ha sorprendido escribiendo, ha llamado a los demás y, cuando estaban reunidos, me han rodeado martilleándome el cerebro con sus premisas silogísticas: «Dios no existe, tú no eres Dios, luego tú eres un hombre ateo... un hombre ateo... un... hombre... ateo...».

He realizado un esfuerzo por mantenerme lúcido y continuar el mensaje, concienciado de ser Dios: el Dios que surgió por segunda vez en la Tierra, el Dios que quiso evangelizar el mundo, el Dios que os castiga con la destrucción, el Dios que os niega la eternidad como único recurso para restablecer el orden, el Dios que ellos apresaron en la gran avenida, el Dios que ellos maniataron con una camisa de fuerza, el loco internado en un manicomio de Luisiana, el hombre que no cree en Dios, el hombre ateo.

EL VISITANTE

José Ripoll Oliver

Visitaba a menudo la casa de mi amigo Mateo. Ambos cursábamos los estudios de cánones en la Universidad de Bolonia. Solíamos reunirnos después de cenar, y nuestra charla, que se iniciaba comentando las noticias que corrían aquel día por la ciudad, nos llevaba luego, irremisiblemente, a discutir sobre temas de filosofía y cabalística, muy influidos entonces por las «*Conclusiones*» de Pico della Mirandola y la «*Theología platónica*» de Ficino.

Llevaba varias semanas trabajando en unos viejos papiros alquimistas que revelaban la existencia de un ritual mágico para alcanzar la inmortalidad, pero los conocimientos de genatriah y temurah que había utilizado para descifrarlos, me llevaron a la conclusión de la falta de uno de ellos, pues computando la suma de las palabras que construían la última frase de cada pergamino, resultaba siempre el mismo número, que se correspondía exactamente con el del papiro que debía ocupar el centro de aquella especie de jeroglífico, el que encerraría el secreto. Mateo escuchaba pacientemente, lo que contrastaba con lo exaltado de mi exposición, y tratando de animarme y hacerme olvidar lo que yo consideraba como un fracaso, preguntó por mis ecritos. Sí, hacía tiempo que tenía necesidad de escribir, pero debía confesar que no encontraba la inspiración necesaria para volver a hacerlo. Mateo apuntó burlonamente que tal vez necesitaba enamorarme de nuevo. Me sentí dolido en mi orgullo, y para demostrarle que mi musa no necesitaba de ninguna mujer para brotar de nuevo, le prometí llevarle cada noche unas páginas. ¡Hasta que la muerte nos separe!, concluí solemnemente.

Cuando regresé a casa, me senté frente a un papel. Sabía de mi inconstancia y que la promesa hecha no duraría más de unos días. La lectura de Ovidio me llevó a escribir algunos versos que, pese a no dejarme muy satisfecho, eran al menos una forma de empezar. Al día siguiente, hice una discusión sobre la frase del «*Decretum*» de Graciano: «Communis enim, usus omnium quae sunt in hoc mundo, omnibus hominibus ese debuit», que nos enzarzó, a Mateo y a mí, en una acalorada polémica. Siguieron después varios tratados de teología y cabalística. En un mismo día llegué a escribir un comentario a las obras de Virgilio y un par de libros de poemas y canciones. No podía explicar lo que me ocurría. Las ideas se agolpaban en el cerebro y pugnaban por salir, como si hubiese sido hechizado por algún misterio oculto entre los signos y las palabras. Me era casi imposible dormir. Después de pasar toda la noche dando vueltas en la cama, me levantaba, enfebrecido, con las primeras luces del día y llenaba hojas y hojas, hasta dormirme sobre ellas, agotado. Era como si se hubiese abierto en mi alma, repentinamente, de par en par, una ventana a la fecundidad, que yo era incapaz de cerrar. Dejé de asistir a la Universidad y sólo salía de casa, cada noche, para leerle mis escritos a Mateo, esperando con verdadera ansiedad la hora de acudir a verle. Ni siquiera la publicación en aquellos días de los Manifiestos de Lutero contra la Iglesia que levantaron tanto revuelo, despertaron mi interés. Comencé a escribir un tratado sobre Metafísica, que consideré mi obra más ambiciosa y a la que puse por título «*En busca del tiempo perdido*». Los manuscritos comenzaron a amontonarse, desordenadamente, en las estancias, por los suelos, sobre las sillas

y mesas, ocupándolo todo, aunque yo sólo necesitaba papel, tinta, una pluma y un pequeño espacio donde poder escribir, pero esto último, con el tiempo, resultó difícil encontrarlo y me obligó a un peregrinaje por toda la casa.

Un día, había comenzado a escribir el capítulo MMMLI de mi obra, me asomé a la ventana y, al contemplar el sol, brillante, desparramando claridades por todos lados, experimenté una especie de nostalgia de otro tiempo, y sentí el impulso de bajar a la calle. Me contemplé en un espejo y casi no me reconocí: mis cabellos, mis ojos hundidos, mi tez que había adquirido una palidez mortecina, como si la luna, única testigo de mis salidas anteriores, me hubiese traspasado la blancura de su sangre.

El sol y la gente me aturdieron. La ciudad me parecía mucho más sucia y miserable de la que yo recordaba, y no tenía el encanto de la soledad, el misterio de mis paseos nocturnos. Pasé junto al Claustro de la Universidad y descendí hasta la Plaza Mayor, donde una muchedumbre se arremolinaba en torno a los vendedores, los cambistas y escribanos. En mi deambular, los pasos me llevaron a una librería que solía visitar en mis tiempos de estudiante. Entré y comencé a revolver los estantes, deteniéndome frente a uno que albergaba tratados de alquimia, olvidados y cubiertos de polvo. Revolví entre ellos buscando algún título interesante, y entonces se deslizó hasta el suelo un pergamino. Lo recogí y al hacerlo, contemplé en él el dibujo de un dragón mordiéndose la cola. La visión del antiguo símbolo alquimista despertó mi curiosidad y, al desdoblarlo me enfrenté a un conjunto de cubos y esferas de diversos colores, entrelazados unos con otros, sobre los que se deslizaban extrañas palabras formando una especie de laberinto, en cuyo centro estaba escrita una frase ininteligible. Me vinieron de golpe a la memoria aquellos papiros que había estudiado en la biblioteca de la Universidad, hacía ya tanto tiempo. Lo guardé cuidadosamente en mi bolsillo, y volví presuroso a casa, casi temblando. ¿Podía aquél contener el secreto que ahora el azar ponía en mis manos? Un laberinto simboliza la vida, con sus encrucijadas, sus vueltas y decepciones, por las que ha de seguir el hombre, condenado a alcanzar el centro, donde está la muerte. El laberinto de Creta había sido construido por Dédalo para encerrar al Minotauro, devorador de los jóvenes ofrecidos en sacrificio. ¿Por qué no pensar que éste pudiera ser un camino abierto a la eternidad, en lugar de hacia la muerte?

Sentí renacer la fiebre que me sacudiera al comienzo de escribir, y ya sólo salí de casa para leerle a Mateo lo que había redactado unos momentos antes, atormentado ahora por descifrar aquel misterio. Formé anagramas con las sílabas iniciales, finales, intermedias, de las palabras situadas en los vértices de los cubos, las que cerraban los caminos. Cada palabra cobró su valor numérico. Sumé, resté y rehice mil veces los cálculos.

Me reclino confortablemente en el sillón y oprimo un botón naranja. Una amable azafata me saluda desde la pantalla y me pregunta qué deseo, pero aburrido apago el receptor. Mateo, el bueno de Mateo, ya debe estar esperándome. Miro el reloj. Dentro de unos minutos el avión aterrizará en Nueva York y yo seré puntual como cada noche.

LA SOMBRA

Jesús Gabaldón Villora

Como muchas noches, se levantó; se vio precisado a ello. Dormía en un largo dormitorio del pensionado. La noche era oscura, negra; una de tantas. Por la ventana, entreabierta, se descolgaba la oscuridad. No había estrellas. Al menos, él no las veía. La luz piloto, colgada del techo en el centro mismo del dormitorio, con su velada claridad, recubría de sombras las camas y los enseres, deformando la realidad.

Juan tenía necesidad de salir; no podía esperar. Los servicios estaban en el cruce de los pasillos. El joven colegial, despreocupado, envuelto en su batín, abrió la puerta del dormitorio, alargó con toda naturalidad un pie... Y fue entonces cuando sus maneras habituales desaparecieron tras el violento estremecimiento que sacudió todo su cuerpo: Estaba allí, junto al dintel, en la parte de fuera, en el mismo corredor, apoyada sobre la pared, inmóvil. Pretendió retroceder, cerrar la puerta y embutirse de nuevo en la cama, cubriendo así su terror bajo las mantas protectoras; pero la necesidad era tan imperiosa, que se lo impidió. Se vio precisado a seguir hacia adelante, deslizándose por su lado. Lo hizo despacio, sin hacer ruido, conteniendo la respiración. Pretendía con ello, infantilmente, ocultar su presencia. La sombra, envuelta en sudario negro, se quedó inmóvil; diríase ausente. Poco a poco, Juan se fue alejando, acelerando el paso a medida que avanzaba en dirección a los servicios. Cuando dobló la esquina, giró intuitivamente la cabeza y la divisó de nuevo. Permanecía en el mismo lugar, callada, quieta, con aparente indiferencia o, diríase, dormitando. Juan presentía que no era así, que lo había descubierto, que sus ojos, esos ojos ocultos, se clavaban en él, crueles. Sin embargo, en la semioscuridad, no distinguía sus fracciones, ni siquiera su cuerpo, ni sus pies. ¿Carecía de miembros? Podía ser. La pregunta quedaba sin respuesta. Pero eso sí, su presencia era real; estaba allí, como una colgadura negra, amenazante. Lo que más le intimidaba era el silencio: tan denso, tan opaco, tan vacío como el de la muerte. Ni el más leve ronquido de cuentos, confiados, dormían; ni un soplo de aire nocturno. Como si la vida a su alrededor hubiera quedado aletargada para girar tan sólo en torno a él y la sombra.

El pasillo, a media luz. La sombra y Juan, frente a frente. Los pasos de éste no eran tan firmes como de ordinario. Más bien, vacilantes e indecisos; sin embargo, Juan intentaba estirar su cuerpo, pretendiendo con ello patentizar una actitud de reto que creía necesaria. O mejor dicho, imperiosa. Pero sus manos le traicionaban con temblores de viejo. Centímetro a centímetro, se aproximaba a esa sombra que permanecía tan inmóvil como antes, a esa sombra que esperaba agazapada, junto a la puerta. El miedo, sólo el miedo, le infundió valor; el imprescindible. Suficiente para llegar a su cama y colarse en ella con presteza. La tensa excitación ovilló su cuerpo entre las sábanas. Y allí quedó, tiritando, traspasado por un frío glacial, desplomado.

Los minutos que siguieron parecían horas, y los segundos, tan largos, que en su breve tictac cabía toda una tempestad de miedos.

Sus pensamientos rodaban a la velocidad de una rotativa, quedando impregnados con el negror fresco de la tinta. Sus oídos, abiertos, vigilaban el menor ruido que les llegaba, deformándolo de tal forma que un simple rozar de tela, o un crujir de madera seca, o el seco chasquido de un golpe lejano, o el eco, ese prolongado eco, y hasta el silencio, le sobresaltaba.

Era éste un silencio matizado por un rumor de aguas traído por el viento, huella musical del lento caminar de un río que se abría camino a través de la oscuridad del valle. La campana del reloj de la catedral anunciaba las horas, una tras otra, con eternas esperas. Y eran tan lentas..., tan desesperantes..., que entre una y otra se desarrollaba una acerba lucha en un espíritu tan joven como lleno de temores, de confusas ideas y de agitaciones demenciales.

Juan trataba de persuadirse de que todo aquello era una alucinación en su calenturienta imaginación, o una pesadilla que se apoderó de él sin motivo, pero que la luz del día disiparía para siempre.

Y así, entre estos altibajos emocionales, le sorprendió el amanecer; no sin dejar en su rostro impresas las huellas de un largo sufrimiento. Con tenso alivio, vio cómo amanecía. Primero fue una tenue claridad que, incorporada a las sombras, modeló visiones fantasmagóricas. Luego, la opacidad fue cediendo, hasta que una incipiente luz, tímida aún, penetró por la ventana. Mas tarde, un rayo de sol cayó rodando al pavimento, decidido, rosado. Los escolares comenzaron a removerse en sus lechos, hasta que la voz atiplada de una campanilla los despertó del todo.

Un bullir de gente joven llenó el dormitorio de vida. Para Juan fue una inyección de ánimo, suficiente para satisfacer su curiosidad. Abrió la puerta y se asomó al exterior. La sombra había desaparecido.

A nadie contó lo sucedido. Dudaba si lo visto era realidad tangible o tan sólo quimera. Dudaba si los soportes de su razón habían cedido. Dudaba si aquella noche había supuesto un paso decisivo hacia la lunática región del horror. Dudaba, en fin, de todo, pues no encontraba respuesta lógica a un hecho insólito que lo había conducido por el camino que va desde un pueril temor hasta el delirio de un alcohólico.

La jornada en el pensionado se desarrolló con toda normalidad. Para no variar, el profesor de Literatura llegó con los cinco minutos habituales de retraso. Y hasta Juan se desenvolvió con aparente desenfado, pero su mente, en veloces galopadas, recorría de cuando en cuando regiones vagas o más precisas; se adentraba por un llano o se precipitaba al abismo; saltaba con agilidad de la noche tenebrosa a la cegadora luz del medio día, sin orto, sin mañana, sin la lógica sucesión de etapas intermedias. De cuando, en cuando, dormitaba o cedía a un sueño rápido, cortado por el sobresalto.

Cuando ya se había habituado al dinámico quehacer que llena una jornada estudiantil, la noche se le presentó de improviso, envuelta en la negrura de unos temores que afloraron de nuevo. Quiso encontrar entonces un resquicio, una salida, huir, y su inquieta mirada buscó la ventana. A través de ella, vio cómo el negror de la noche lo atravesaba una trémula lucecilla, lejana, inalcanzable. Y allí quedó clavada su mirada, en esa estrella solitaria, yéndose, pretendiendo escapar de un terror que, presentía, lo envolvería de nuevo.

Comenzó a abrir la boca desmesuradamente en busca de oxígeno. Al cabo de un rato, el sueño reclamó su dominio, pero no pudo subyugar por entero una mente amedrentada que se escabullía en vaguedades imprecisas: como la del reloj de la catedral dando una hora indeterminada, o su eco, que se perdía confundido con el susurro del lento caminar del río; como el de esa luz fija cuyos contornos informes se dilataban para tomar de nuevo a su mínima dimensión.

Una brisa húmeda mojó el rostro de Juan, rescatándolo de un duermevela semiinconsciente. Y fue entonces cuando decidió descubrir el enigma de una sombra que lo tenía trastornado.

Decidió salir.

Con una excitada inquietud, que no presagiaba nada bueno, abrió la puerta, no sin antes santiguarse y rezar un largo Señor mío Jesucristo. De nuevo el sobresalto se reflejó en un rostro ya tenso. Si alguno de los compañeros que dormían plácidamente lo hubiera visto en ese instante, se hubiera sorprendido ante un cambio tan perceptible.

La sombra se hallaba en el mismo lugar, recostada. Al joven estudiante, parecióle el espectro de la misma muerte o la lúgubre figura de la agonía.

Seguía siendo imprecisa, pero su apariencia cobraba una nueva y aterradora imagen cada vez que la miraba. Hasta creyó ver la espantosa silueta de la horca columpiarse de uno a otro lado de esa cosa sin rostro. Por más que lo intentó, no tuvo fuerzas para alargar el brazo y tocarla, para palpar la realidad. Quedó unos segundos parado, indeciso; o quizás sólo uno. Probó de nuevo y el brazo no obedeció la orden transmitida a través de su cerebro, o quizás no hubo tal orden, pero sí la de tornar sobre sus pasos y cerrar la puerta con presteza.

Entonces le invadió una sensación de alivio no exenta de una indefinible angustia. Y la agitación, la tortura, la falta de energía mental, siguió inquietándole. Hizo un esfuerzo, terrible, para razonar de nuevo; pero resultó estéril. Su razón se desbocó otra vez y se precipitó hacia un extraño ritual de muerte y terror.

El nuevo día le sorprendió con los ojos muy abiertos, pero sus retinas no captaron, no pudie-

ron, el lento paso de la noche al día, de la oscuridad más negra a la luz más viva. Cuando sonó la campanilla, aún temblaba.

Tampoco dijo nada. Temía hacerlo. Aunque a decir verdad, nadie le hubiera creído, ni mucho menos, comprendido. Perdió el interés por el estudio, por los juegos y dejó pasar el día con la estupidez retratada en su rostro, sufriendo una violenta y, a la vez, lenta agonía, de la que no pretendió escapar.

De nuevo la noche se encerró en sus tinieblas, y la luz del amanecer las barrió de nuevo. El ciclo se completó, pero no para el joven colegial cuya mirada se perdió en la oscuridad de una noche sin fin. Mas, ¡amarga ironía del destino!, la sombra siguió en el mismo lugar, agazapada, noche tras noche, fija e inmóvil. Enfrentada a la puerta del que fuera dormitorio de Juan, existía otra, cuyo montante roto dejaba escapar unos rayos mortecinos de la luz piloto, proyectando una figura alargada e imprecisa en la pared de enfrente.

EASTMAN

Ramón Sanchis Ferrándiz

Eastman:

La tierra se encalma delante de mí, como si quisiera que hablara torpes palabras en su nombre. Me siento en una pequeña jaula de oro; el aire, meloso y denso, me agobia con su calma, parece mirarme por el ojo de una cerradura, observando a mi alma deshojarse en uno y otro aliento, allá en los confines de un pensamiento grana.

Moon:

¿Qué tristeza se abarca de ese modo?

Eastman:

¡Ay, qué se yo de esta extraña melodía que me atrapa, mitad delicia y mitad dolencia! Se me escapa de las manos su nombre, y me derrumbo en una esquina, presa de su magia, cual pequeña cáscara de hombre, como una espumeante mirada sombría discorde con el sinfín de la algazara mundana.

Me gustaría perderme hermana por el alto andamiaje del sol, por aquella vereda chiquita que culebrea a través del cañaveral inmenso.

Moon:

Los aullidos de tu pena, duende, llenan mi corazón de una desidia infinita, y tu voz lastimera llamea en mi interior y se retuerce en el remolino de mis sueños. Mas, ¿qué podría darte a beber el cuenco de mi mano que rebajase la fiebre de tus ideas?

Eastman:

¿Acaso podrías regalarme la sonrisa dorada que tan fácilmente pintas en tu rostro?

Moon:

¿Y qué iba a ser de mi flor de salvia sin aroma?

Eastman:

¡Ay, boba mía! Saldrían al alba gozosos mis pies y en la esquina del mercado, con aire cantarín, gritaría a los cuatro vientos: «Vendo unos ojillos de canela a cambio de un aroma de mujer».

Moon:

¿No te estarás burlando de mí?

Eastman:

¿Crees que me podría reir de la mismísima ilusión encarnada?

Si quiero ser viento para pasar entre las rendijas de tu alma, tú me reprendes y me dices que bromeo; si quiero ser como una olita juguetona que a tu playa se desboca espumeante, aparece tu desconfianza como los rompientes erizados de aristas. ¡Tan poco acostumbrada estás a mis risas!

Moon:

A veces temo caerme en tus sueños profundos.

Eastman:

Apenas te pido una sonrisa y piensas que juego contigo, ¿qué harías si te pidiera me alcanzases esa lunita llena? De seguro pensarías que soy un loco escapado de un cuento.

Moon:

Me alargaría en el aire como una sombra y con mis brazos desplegados le haría cosquillas en sus mejillas de estaño, hasta que le faltaran fuerzas para sostenerse ahí arriba.

Pero díme, Eastman, ¿qué es un cuento?

Eastman:

Cuando tu corazón sea sencillo y egregio como un pequeño jazmín, cuando esté preparado para la bondad y el amor y se fortalezca tu mente, cuando tu alma sea como una flauta de caña y el viento del espíritu descienda a ti con toda su fuerza y sople su mágica melodía a tu través, cuando te haya hecho presa su magnetismo, cuando sepas sentir en la lejanía el aroma de la madrugada que yo te envío, entonces, el cuento y lo real se confundirán en tu mente, y apenas cerrando los ojos pasarás de lo uno a lo otro, así como al atardecer el día pasa de real al cuento.

Moon:

¿Acaso son cuentos esos murmullos que me asaltan en la noche somnolienta?

Eastman:

¡Abre tus puertas y mira adentro! Tal vez se adivina el cuento en la misma cadencia de tu voz.

¿Sabrías vender mis cuentos por los cruces de caminos con esa tu voz fina e inasible como la espada de la niebla?

Moon:

¡Qué cuento no vendería la fe que te tienen mis venas! Tus palabras caprichosas, llenas de delito y pasión, cubrirán con su manto las noches desveladas. Mis ojos abiertos como un suspiro, el cuerpo tenso, las manos viajeras, y la voz, ¡ay, la voz!, deshecho de languidez, llenará las horas de tu suave ensoñación.

Mas a cambio, habrías de escribirme unas palabras locas, de esas risueñas que atrapan el corazón con sus vaivenes sin sentido. Y hasta los duendes de la noche vendrían a escuchar tus cantos atraídos por mis saltos y reverencias.

Eastman:

Cuan gratas son tus ilusiones a mis oídos, hermana. Escuchándote crece mi alma en el amor y la paz, pues tal es su sedante melodía.

Moon:

¡Qué torpezas no diría por arrancarte esa espina de pena! Subiré al monte más alto para alcanzarte la lunita de plata que tanto rememoras. ¡Mírala!, mírala, aún no se ha ido! Anda, Eastman, ayúdame con los aparejos. ¿Crees tú que las lunitas amarillas se cazarán como si fueran mariposas?, o tal vez, ¿habrá que esperar se deshagan como burbujas de jabón?

Eastman:

¡Cómo van a existir redes que atrapen un sueño! Mírala, por el horizonte viene cantando:

«De la trilla de la tarde vengo,
y me traigo entre las manos,
este granito amarillo de puro trigo».

¡Lunita llena ven a cimbrearte a mi corazón! ¡Bájate de ese cosmos frío y estático, que yo te pasearé por las alamedas de mi alma! ¿Qué podría darte a cambio, salvo estos ojos tristes y mis pobres palabras añiles y granas? Corre, hermana, sal a su encuentro.

Moon:

No te preocupes descansa tu pena, que hoy subiré a mi árbol de fresas y desde allí lacearé su cara redonda.

Eastman:

¡Ay!, suave duende de la ilusión, tu fe se cae en mis pensamientos como el rocío cala en la faz de la aurora. Tu pequeña enredadera va bordando la luz en mi piel de sombra.

Moon:

¿Me aguardas aquí hasta mi regreso?

Eastman:

Aquí estaré. Buscando la raíz del silencio, quieto y agazapado en lo más profundo de la rosa roja que encandila tus ojos. Aquí estaré, en las espinas de la lluvia, en el núcleo inasible de un sollozo, en la inhabitable sonrisa de un niño, fresca y lejana para nuestra torpe mente de gente mayor.

Moon: (a Eastman dormido en la comisura de su valle)

Duerme, Eastman, en el ancho abrazo de la noche estrellada de Valle Perdido, que pronto estaré de regreso con la luna oblonga que calme tu fiebre. Y esos tus ojos tristes volarán de nuevo con la ensoñación que les conozco, con la melosa sonrisa de la alegría, con el fuego eterno de un pensamiento que tirita en lo profundo.

(sale Moon)

Eastman: (despertando)

¡Ah, como me pesa la cabeza! ¿Dónde está Moon? Paréceme que vengo de la muda

soledad del pasmo, de la yerta oquedad del tiempo por el filo de un pensamiento roto, por la angosta vereda del aire amargo de la nada, río abajo en la turbulencia del presente. (Calla un instante). ¡Cómo tarda esta muchacha! Saldré a dar un paseo.

Moon:

¡Oh, me he perdido! No encuentran mis pasos el camino de regreso, ¿dónde estoy? Estos zarzales no los vi nunca antes. (Gritando). Eastman.

Eastman: (Entrando por una vereda hasta el claro)

Aquí, ¿llamabas?

Moon:

Santo cielo, gracias que te encuentro; mi voz se adelgazaba y sentía flaquear mis piernas. Me creía perdida en esta noche inmensa.

Eastman:

¿Aún precisas llamar a mi puerta, hermana? Si vivieras en mi interior ningún viento extraño borraría las huellas para tu regreso. Aprende a escuchar los ritmos de tu corazón y nunca seremos exteriores el uno al otro, y toda voz nerviosa que te envíen mis pensamientos llegará a ti, paz nítida y rápida, como un rayo de luz solitario y certero.

Moon:

¿Y cómo ha de filtrar tu secreta melodía en este corazón tan temeroso y desconfiado?

Eastman:

En el insignificante vaiven de las hojas se esconde el viento agazapado. Sopla leve, como un resuello, haciendo sonar el arpa de las hojas, el rumoroso canto de las ramas danzantes, que se rozan y se abrazan buscando las delicias de la sinfonía, tras las manos del viento músico, locas por su contacto, ansiosas, anhelo loco y sensible que lleva en su dulce vaivén el código de la palabra del viento, la palabra de mis venas una vez más aventada hacia ti. El vaivén de tus hojas delatará mi viento que te zarandea. ¡Escucha, alargarte en tu calma y escucha!

Moon:

Y díme: ¿cuáles son ahora las palabras de tu silencio que no sabe escuchar mi corazón?

Eastman:

Cuando hurgo en tu rostro mudo encuentro mis mismas preguntas de antaño. Tú eres mi sueño repetido. Cada vez que el aire me agobia con toda su pureza cuando llega a mi rostro, cuando el tacto se deshace en una gama inmensa de sensaciones, cuando el alma se asoma por la ventana de los ojos y clama como una inmensa caracola para que escuche una a una sus preguntas, sé que éste es el camino que transitas también aunque estés a cien millas de aquí. Cuando sepas responder las preguntas de tus pensamientos irás entendiendo mi conversación sin preguntarme.

Moon:

¿Qué podría entender yo de las preguntas de tu corazón?, si apenas sé huir del inmenso incendio de mis venas.

Eastman:

Pronto me comprenderás. ¿Me trajiste la luna?

Moon:

¿No me irás a reñir, verdad? Cuando se abría la noche como una flor, la vi subir tras la colina, almidonada y llena de afeites, con esa sonrisa dorada que tanto te embelesa. Axel, el guardián de valle, cansado, cuando hubo apagado una a una con su inmenso apagavelas hasta la última candela de la tarde, se quedó dormido junto al arroyo. Tomé entonces de su costado el apagavelas y lo aventé al aire, pero mis cortos brazos, delgados y frágiles hicieron reir a la luna de mi insolencia. ¡Qué hubiera dado por ser como el álamo del río! «Vente conmigo» —le dije— pero ella se sonreía. «No puedo bajarme, no ves que no tengo pies y no podría saltar», me contestó. Eché mi lazo entonces, mis jarcias, hasta que una de ellas se lo clavó en la barbilla. ¡Ay, ay! gritaba, «ten cuidado con mi piel de plata», y yo reventaba de risa como si aquello fuera un juego. «Anda, tira», decía conformada. Pero mis brazos sin fuerza ¿cómo la iban a atraer? ¡Me sentía culpable!, comenzó a moverse en círculos atada a la cuerda de mi jarcia, pero ¿de qué te ríes tú?, ¿no crees que ella se enfadará conmigo por no poder ir a otros lugares?

Eastman:

Anda, déjala, no te preocupas más, Mira te sonríe.

Moon:

¿Y dónde vamos? ¿Qué, ya no quieres coger esa lunita juguetona? ¿Quién sino aliviará tu pena? Detente, dí: ¿acaso ya no te gusta su carita de anís?

Eastman:

Si supieras tu mirar en el fondo de tus ojos, hermana, sabrías ya que ella viene con nosotros hace tiempo.

INDICE

MEMORIA DE K. Rafael Azuar 5
Gente de mal vivir. EL ASESINO. Fernando Gallar 11
LA TIERRA Y LA CARNE. Cuento. Miguel Signes 15
PRODIGIOSAMENTE BELLA. Cuento. Eduardo Trives..... 19
UNA HISTORIA YA CASI OLVIDADA. E. Cerdán Tato..... 21
LA TRAMPA. Gonzalo Fortea..... 23
COMO SI HUBIERA SIDO AYER. Vicente Mojica 27
CASTILLO DE CINCILIA. Pedro Luis Nuño de la Rosa 29
«EL INTERCAMBISTA». Juan Luis Mira Candel..... 33
EL CONCURSO. T. y M. Martínez Blasco..... 35
EL JUICIO FINAL. Federico Guillén Montiel 39
EL VISITANTE. José Ripoll Oliver 41
LA SOMBRA. Jesús Gabaldón Villora..... 43
EASTMAN. Ramón Sanchís Ferrándiz 47

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
ALICANTE